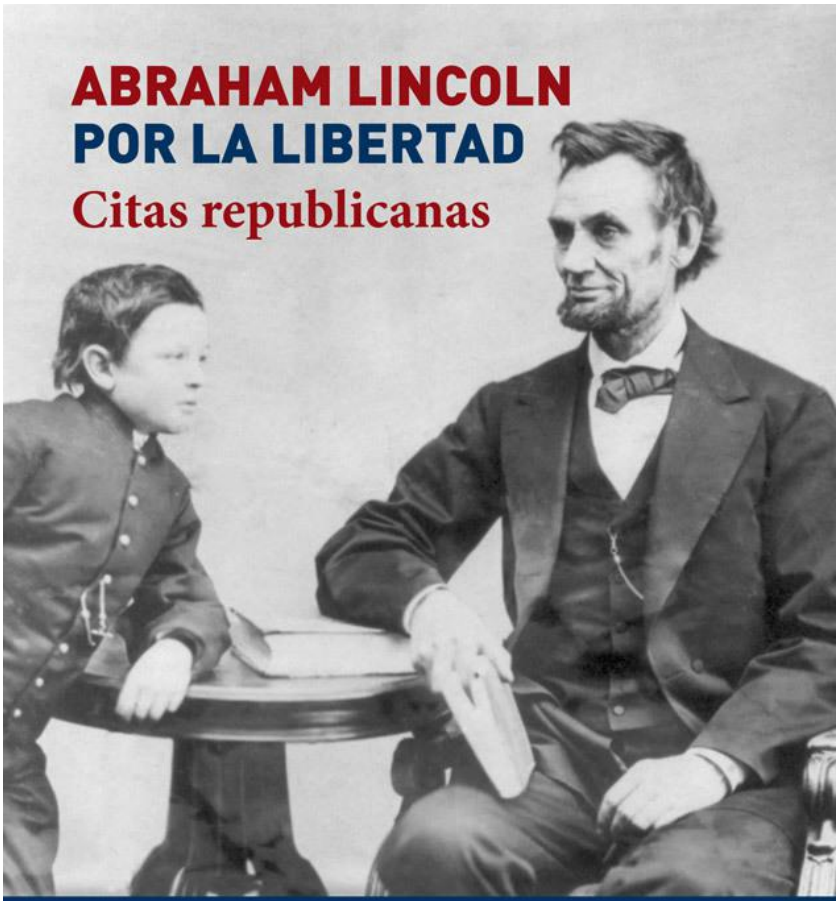
# ABRAHAM LINCOLN
# POR LA LIBERTAD
## Citas republicanas

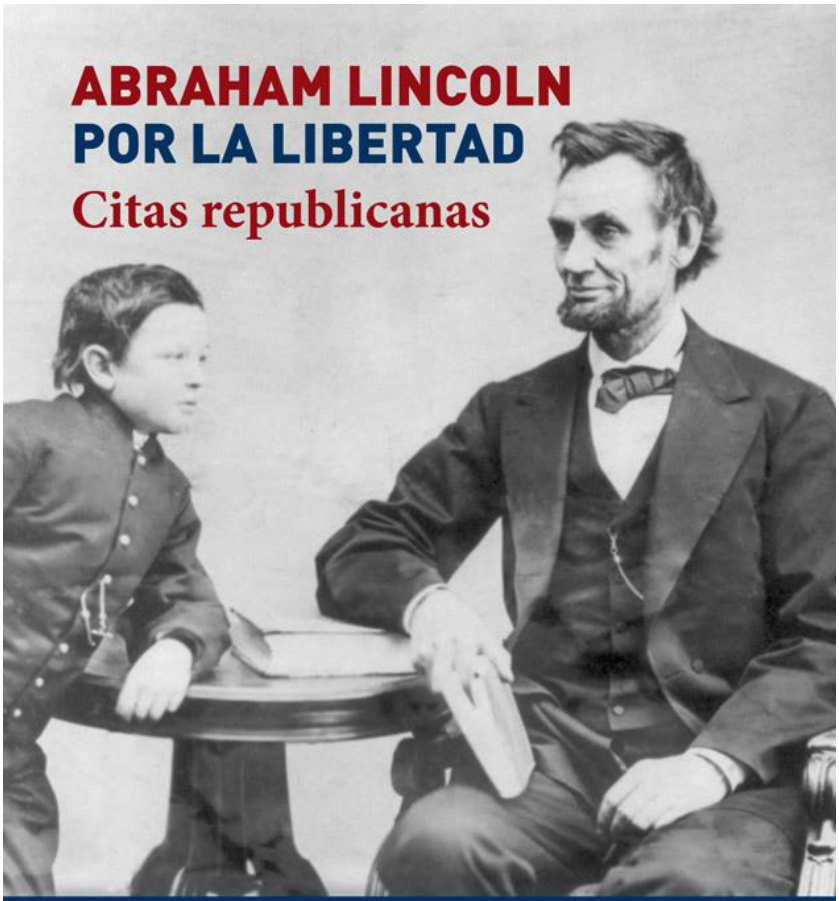


Edición conmemorativa
de los 150 años de su fallecimiento

«La Proclama de Emancipación de Lincoln
no solo liberó a los esclavos negros,
también liberó a los blancos.» **Mark Twain**

Plataforma
Editorial

# ABRAHAM LINCOLN
# POR LA LIBERTAD
## Citas republicanas



Edición conmemorativa
de los 150 años de su fallecimiento

«La Proclama de Emancipación de Lincoln
no solo liberó a los esclavos negros,
también liberó a los blancos.» **Mark Twain**

Plataforma
Editorial

**Abraham Lincoln.**

**Por la libertad**

Citas republicanas

Nota biográfica, selección de textos

y traducción de Francisco García Lorenzana

Plataforma Editorial

Primera edición en esta colección: marzo de 2015

© de la selección y la traducción: Francisco García Lorenzana, 2015

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2015

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

**www.plataformaeditorial.com**

**info@plataformaeditorial.com**

Depósito legal: B. 8746-2015

ISBN: 978-84-16429-00-4

Diseño de cubierta y composición: Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

# Índice

Nota biográfica

Vida y carácter

Educación y consejos para los jóvenes

Religión y moralidad

Libertad y Constitución

Política y políticos

La presidencia

Secesión

La esclavitud y la Proclama de Emancipación

La guerra

Explicar historias y pronunciar discursos

Legado: dos discursos para la historia

# Nota biográfica

Abraham Lincoln nació el 12 de febrero de 1809 como segundo hijo de Thomas y Nancy Lincoln en una cabaña de madera de una sola habitación en una explotación agrícola llamada Sinking Spring, en el estado de Kentucky. Desde unos orígenes tan humildes alcanzó la presidencia de Estados Unidos en marzo de 1861 y condujo los destinos del país durante la sangrienta guerra de Secesión (1861-1865) que, además de sus efectos devastadores, fue una de las mayores crisis morales, constitucionales y políticas que ha atravesado la Unión. Durante su mandato consiguió preservar la integridad territorial, abolir la esclavitud, fortalecer el gobierno federal y modernizar la economía.

Lincoln creció en la frontera occidental del país; vivió entre Kentucky e Indiana, en el seno de una humilde familia de agricultores que no le pudieron proporcionar una educación formal, de manera que casi toda su formación se puede considerar autodidacta, lo que no le impidió convertirse en abogado y ejercer esta profesión en el estado de Illinois. Sus dotes como orador y la firmeza de sus opiniones lo llevaron a ser uno de los líderes del Partido Whig, antecedente inmediato del Partido Republicano, y a ser elegido miembro de la Cámara de Representantes de Illinois, donde ocupó un escaño de 1834 a 1846. En 1846 Lincoln ganó las elecciones a la Cámara de Representantes de Estados Unidos, donde impulsó la rápida modernización de la economía a través de la creación de mecanismos bancarios, tarifas que facilitaban el comercio y el fomento de la construcción de ferrocarriles. Su compromiso de no presentarse para una segunda legislatura en el Congreso y su oposición a la guerra entre Estados Unidos y México (1846-1848) que era impopular entre los votantes de Illinois, llevaron a Lincoln de regreso a Springfield y a retomar su carrera como abogado.

En 1854 regresó a la actividad política y se convirtió en uno de los

principales impulsores de la formación del nuevo Partido Republicano, que era mayoritario en el estado de Illinois. En 1858 demostró una vez más sus dotes como orador al participar en una serie de debates con el candidato demócrata Stephen A. Douglas en las elecciones al Senado de Estados Unidos. En estos debates se mostró contrario a la expansión de la esclavitud y condenó su práctica, pero perdió las elecciones.

En 1860, Lincoln consiguió la nominación del Partido Republicano como candidato a la presidencia al presentarse como una opción moderada procedente de un estado bisagra. Su compromiso en contra de la esclavitud le restó el apoyo de los estados esclavistas del Sur, pero arrasó en los estados libres del Norte y fue elegido presidente en noviembre de dicho año. Su elección aceleró la formación de los Estados Confederados de América por parte de siete estados esclavistas sureños antes de su investidura como presidente el 4 de marzo de 1861.

Tras el ataque confederado contra Fort Sumter el 12 de abril de 1861, el Norte cerró filas detrás de la Unión, y Lincoln se concentró en las dimensiones militar y política de la guerra con el objetivo principal de preservar la unión de la nación. Evitó la posible intervención británica en el conflicto y realizó toda una serie de movimientos políticos que condujeron al final de la esclavitud con la publicación de la Proclama de Emancipación de 1863. Lincoln utilizó el ejército para proteger a los esclavos escapados, animó a los estados fronterizos a que declarasen ilegal la esclavitud y consiguió que el Congreso aprobase la Decimotercera Enmienda a la Constitución de Estados Unidos, que prohibía definitivamente la esclavitud.

Lincoln supervisó estrechamente el esfuerzo de guerra, en especial la selección de los principales mandos militares, entre ellos el general Ulysses S. Grant, que consiguió la rendición final de los confederados. También tomó decisiones importantes para la estrategia bélica de la Unión como el bloque naval que interrumpió el comercio del Sur, los movimientos militares para tomar el control de Kentucky y Tennessee, y el uso de cañoneras para controlar el sistema fluvial sureño. Intentó en repetidas ocasiones capturar la capital confederada, Richmond, donde fracasaron numerosos

generales, hasta el éxito final de Grant en 1865.

Lincoln fue un político astuto y muy implicado en los juegos de poder en todos los estados. Su habilidad le permitió ganarse el apoyo de la parte del Partido Demócrata que apoyaba al Norte contra el Sur, y consiguió contra todo pronóstico su reelección presidencial en 1864. Como líder de la facción más moderada del Partido Republicano, tuvo que enfrentarse a los radicales que pedían un tratamiento más duro para el Sur, una parte de los demócratas que le exigían mayores compromisos con el Sur, otra parte de los demócratas que lo despreciaban, y los secesionistas irreconciliables que planeaban su asesinato. Desde el punto de vista político, Lincoln se enfrentó a todos ellos, enfrentándolos entre ellos, apelando al pueblo americano con sus dotes como orador y mediante un patronazgo político cuidadosamente planificado.

Su Discurso de Gettysburg en 1863 se ha convertido en una referencia mítica de los principios del republicanismo, la igualdad de derechos, la libertad y la democracia; y su visión moderada de la reconstrucción después de la guerra, que pretendía reunificar rápidamente la nación a través de una política de reconciliación y generosidad frente a las voces que reclamaban un castigo ejemplar, se refleja claramente en su segundo discurso de investidura en 1865.

Cinco días después de la rendición del comandante en jefe confederado, el general Robert E. Lee, en Appomatox (el 9 de abril de 1865), Abraham Lincoln recibió un disparo del actor John Wilkes Booth mientras asistía a una representación en el Teatro Ford de Washington. El presidente moriría al día siguiente, el 15 de abril de 1865.

Tras el atentado se inició una caza al hombre que acabó doce días después con la muerte de Booth en un enfrentamiento con tropas del ejército y la detención del resto de los conspiradores confederados, que fueron juzgados y ejecutados.

El funeral de Lincoln se convirtió en una enorme manifestación de duelo popular, y el tren que llevó su féretro hasta Springfield recorrió durante tres semanas el país para que todo el mundo pudiera rendir el último homenaje al presidente asesinado.

Tanto el público como los estudiosos consideran a Abraham Lincoln una de las figuras políticas más importantes de Estados Unidos y de la historia universal.

Por último, todas las citas de este libro proceden de The Collected Works of Abraham Lincoln.

También se ha consultado Abraham Lincoln Online.org:

http://www.abrahamlincolnonline.org.

# Vida y carácter

Se dice que todo hombre tiene su propia ambición. Sea cierto o no, puedo afirmar que yo no tengo ninguna mayor que recibir la estima sincera de mis compatriotas haciéndome digno de dicha estima.

Carta a los habitantes del condado de Sangamon, 9 de marzo de 1832.

Si alguna mujer quisiera unir su destino al mío, si es que eso llegase a ocurrir, tengo la intención de hacer todo lo posible para hacerla feliz; y no puedo imaginar nada que me hiciera más desgraciado que fracasar en el esfuerzo.

Carta a su prometida Mary Owens, 7 de mayo de 1837.

Si te sientes en alguna medida atada a mí, ahora estoy dispuesto a liberarte, si es tu deseo; mientras que, por otro lado, estoy dispuesto, e incluso ansioso, por atarte con más fuerza, si se me convence que esto aumentaría tu felicidad de una manera considerable. Esto, de hecho, es lo que me ocurre. Nada me haría más desgraciado que creer que eres desgraciada: nada me haría más infeliz que saber que lo eres.

Carta a Mary Owens, 16 de agosto de 1837.

Otros han hecho el ridículo a causa de las chicas; pero en verdad, eso no se podrá decir nunca de mí. En este caso, me he puesto yo mismo considerablemente en ridículo. Y he llegado a la conclusión de que nunca volveré a pensar en casarme y por esta razón nunca

podré estar satisfecho con nadie que sea tan cabezona como para tenerme.

Carta a su amiga, la señora Eliza Browning, sobre su fallido compromiso con Mary Owens, 1 de abril de 1838.

Ahora soy el hombre vivo más deprimido. Si lo que siento se distribuyese equitativamente entre toda la familia humana, no habría un rostro alegre sobre la tierra.

Carta a John T. Stuart sobre la ruptura del compromiso de Lincoln con Mary Todd, quien más tarde se acabaría convirtiendo en su esposa, 23 de enero de 1841.

Parece que en este mundo las cosas están dispuestas de una manera miserable. Si no tenemos amigos, no tenemos placeres; y si los tenemos, estamos seguros de perderlos y entonces sentir un doble dolor por la pérdida.

Carta a Joshua Speed, 25 de febrero de 1842.

Aquí no hay nada nuevo, excepto mi boda, lo que para mí es un hecho absolutamente maravilloso.

Carta a Samuel D. Marshall, 11 de noviembre de 1842. (Lincoln se casó con Mary Todd el 4 de noviembre.)

La elección al Congreso, aunque estoy muy agradecido a nuestros amigos por haberla conseguido, no me ha complacido tanto como esperaba.

Carta a Joshua Speed, 22 de octubre de 1846.

En este mundo problemático, nunca estamos del todo satisfechos. Cuando estabas aquí, pensaba que me distraías un poco; pero ahora que no tengo más que asuntos de los que ocuparme –ninguna variedad–, todo se ha vuelto excesivamente insípido para mí. Odio estar sentado y analizar documentos, y odio estar solo en esta vieja habitación.

Carta a su esposa Mary, desde Washington, D. C., donde Lincoln era congresista, 16 de abril de 1848.

Por cierto, señor presidente, ¿sabe usted que soy un héroe militar? Sí señor, en los días de la guerra de Halcón Negro [1832], luché, sangré y sobreviví. Al hablar de la carrera del general Cass me he acordado de la mía. No estuve en la derrota de Stillman, pero estuve tan cerca como lo estuvo Cass de la rendición de Hull; y, como él, vi el lugar poco después. Es verdad que no partí mi espada, porque no tenía ninguna espada que partir; pero en una ocasión doblé bastante mal un mosquete. Si Cass rompió su espada, la idea es que la rompió de desesperación; yo doblé el mosquete por accidente. Si el general Cass me adelantó en la recogida de arándanos, supongo que lo superé en mis cargas contra las cebollas silvestres. Si vio algún guerrero indio vivo, no fueron más de los que vi yo, pero yo libré muchos combates sangrientos con los mosquitos; y aunque no me desmayé nunca por la pérdida de sangre, puedo afirmar con sinceridad que con frecuencia tenía mucha hambre.

Discurso en la Cámara de Representantes de Estados Unidos, 27 de julio de 1848.

Su nota pidiendo mi «firma con un sentimiento» fue recibida y debió ser contestada hace mucho tiempo, pero se traspapeló. No soy un hombre demasiado sentimental; y el mejor sentimiento en el que puedo pensar es que si todas las firmas que recoja son de personas tan poco distinguidas como yo, va a tener una masa muy poco distinguida de nombres.

Carta a C. U. Schlater, 5 de enero de 1849.

Pregúntale si nos podemos ver ahora, aunque resulta dudoso que no sea más doloroso que placentero; pero si su destino es que se vaya ahora, muy pronto se reunirá alegremente con muchos seres queridos que se fueron antes que él; y donde todos nosotros, con la ayuda de Dios, tenemos la esperanza de reencontrarnos a largo plazo.

Carta a John D. Johnston, su hermanastro, sobre la enfermedad del padre de Lincoln, 12 de enero de 1851.

Me alegra que mis hijos sean libres, felices y no se encuentren sometidos a la tiranía paterna. El amor es la cadena que une a un niño con sus padres.

Un comentario habitual, según su esposa Mary, siempre que se le «reprendía o elogiaba» por su condescendencia con sus hijos (sin fecha).

Escribo con placer mi nombre en su álbum. Dentro de algún tiempo un joven será muy feliz si le puede dar su nombre a usted. No lo permita, Mary, hasta estar totalmente segura de que es digno de tanta felicidad.

Nota en el libro de autógrafos de Mary Delahay, 7 de diciembre de 1859.

Si se cree necesaria una descripción de mi persona, se podría decir que tengo una altura de casi seis pies y cuatro pulgadas [195 cm]; magro de carnes, peso, de media, ciento ochenta libras [81 kg]; complexión morena, con cabello muy negro y ojos grises, sin que se puedan destacar otras marcas o señales.

Carta a Jesse Fell, para un artículo en el Chester County Times (Pensilvania), 20 de diciembre de 1859.

Era una región salvaje, con muchos osos y otros animales salvajes en los bosques. Crecí allí. Había algunas escuelas, o así las llamaban; pero ningún maestro necesitaba más cualificación que «leé, escribí y ci-frar», la regla de tres. […] No existía nada en absoluto que animase a la educación. Por supuesto, no sabía nada de esto cuando alcancé la edad. Pero, aun así, de alguna manera, conseguí leer, escribir y contar hasta la regla de tres, pero eso fue todo. Desde entonces no he vuelto a ir a la escuela. Lo poco que he progresado a partir de este reducto de educación lo he ido recogiendo de vez en cuando bajo la presión de la necesidad.

Carta a Jesse Fell, para un artículo en el Chester County Times (Pensilvania), 20 de diciembre de 1859.

Recuerdo que cuando era niño me enfadaba cuando alguien me hablaba de una manera que no era capaz de comprender. Creo que no me he enfadado por nada más en mi vida… No podía dormir, aunque lo intentaba con frecuencia, cuando me embarcaba en la persecución de una idea, hasta que la atrapaba; y cuando creía que la tenía, no me sentía satisfecho hasta que la había repetido una y otra vez, hasta que la había expresado en un lenguaje lo suficientemente sencillo que pudiera comprender cualquier chico que yo conociera. Esto era una especie de pasión que ha seguido a mi lado; porque en la actualidad no me siento tranquilo cuando estoy analizando una idea hasta que la he vuelto hacia el norte, la he vuelto hacia el sur, la he vuelto hacia el este y la he vuelto hacia el oeste...

Conversación con el reverendo John Gulliver, 9 de marzo de 1860.

Su amable carta de felicitación, de agosto, fue recibida en su momento y se debió responder antes. La verdad es que nunca he

mantenido correspondencia con señoras y por eso pospongo la redacción de las cartas que se dirigen a ellas […]. Ahora solo puedo decir que le agradezco la buena opinión que expresa sobre mí, temiendo, al mismo tiempo, que no sea capaz de mantenerla a lo largo de la vida.

Carta a la señora M. J. Green, 22 de septiembre de 1860.

Mi querida señorita:

He recibido su muy agradable carta del día 15.

Lamento decirle que no tengo hijas. Tengo tres hijos: uno de diecisiete, uno de nueve y uno de siete años. Ellos, junto con su madre, forman toda mi familia.

En cuanto a la barba, como nunca he lucido ninguna, ¿no cree que la gente dirá que se trata de un gesto de amaneramiento absurdo si la empiezo a llevar ahora?

Carta a Grace Bedell, de once años, que le sugería que se dejase crecer la barba, 19 de octubre de 1860.

Haz que nuestros clientes comprendan que la elección como presidente no representará ningún cambio en la firma Lincoln and Herndon. Si vivo, volveré, y entonces seguiré practicando el derecho como si no hubiera pasado nada.

Comentario a su socio en el bufete William Herndon, febrero de 1861.

Aquí he vivido un cuarto de siglo y pasado de ser un hombre joven a un viejo. Aquí han nacido mis hijos y está enterrado uno de ellos. Ahora me voy, sin saber cuándo o si volveré jamás, para emprender una tarea mucho mayor de la que le esperaba a Washington. Sin la ayuda de ese Ser Divino que siempre le asistió, no podré triunfar.

Con su asistencia, no podré fracasar.

Discurso de despedida al abandonar Springfield, Illinois, en tren con destino a Washington, D. C., 11 de febrero de 1861.

Bueno, Nicolay, mi niño se ha ido… ¡se ha ido de verdad!

Comentario a su secretario John Nicolay, sobre la muerte a causa de una enfermedad de Willie, hijo de Lincoln, 20 de febrero de 1862.

Si tengo un vicio, y no lo puedo llamar de otra manera, es que no soy capaz de decir que no. Gracias a Dios por no haberme hecho mujer, pero si lo hubiera hecho, supongo que me habría hecho tan feo como ahora y nadie me habría tentado jamás.

Comentario a Egbert Viele, mayo de 1862.

¿Has soñado alguna vez con un amigo perdido y sentido que estabas en una dulce comunión con él, pero a pesar de eso ser consciente de que no era una realidad? Así es como sueño con Willie, mi hijo perdido.

Comentario sobre su hijo Willie al coronel Le Grand Cannon (sin fecha).

Hace mucho tiempo que me convencí de que si alguien me quiere matar, lo hará. Aunque lleve una cota de malla y me rodee de guardaespaldas, dará igual. Hay miles de maneras de llegar a un hombre si resulta deseable que muera. Además, en ese caso, me parece que el hombre que venga después de mí será igualmente rechazable para mis enemigos.

Comentario a Noah Brooks, hacia la primavera de 1863.

Madre tiene la idea en la cabeza de que me van a asesinar, y para complacerla me llevo un bastón cuando voy por las noches al Departamento de Guerra… cuando no lo olvido.

Comentario a Noah Brooks sobre la preocupación de su esposa Mary, primavera de 1863.

Creo que será mejor que escondas la pistola de Tad. He tenido un mal sueño sobre él.

Telegrama a su esposa, sobre su hijo Tad, 9 de junio de 1863.

Las personas de aspecto anodino son las mejores del mundo; por esa razón el Señor ha hecho tantas.

Explicando a su secretario John Hay un comentario realizado en sueños, 23 de diciembre de 1863.

Déjalo correr; ya tendrá tiempo suficiente para aprender y calmarse. Bob era un diablillo y ahora es un chico muy decente.

Comentario a Noah Brooks sobre sus hijos Robert y Tad (sin fecha).

Haz el bien a los que te odian y convierte en amistad su mala voluntad.

Comentario a su esposa, Mary, cuando ella «le habló del anterior secretario del Tesoro, Salmon Chase, y de los que le maltrataron» (sin fecha).

Una vez se me acercó… un extraño que me dijo: «Perdóneme, señor,

pero tengo en mi poder un objeto que le pertenece». «¿Cómo es posible?», pregunté bastante sorprendido. El extraño sacó una navaja del bolsillo. «Hace unos años –explicó– pusieron esta navaja en mis manos con la indicación de que debía conservarla hasta que encontrara a un hombre más feo que yo. La he llevado desde entonces hasta ahora. Permítame que le diga, señor, que creo que tiene todo el derecho a reclamar su propiedad.»

Anécdota de la época en que Lincoln ejercía la abogacía en el estado de Illinois, explicada a su retratista Francis Carpenter, 1864.

Resulta muy extraño que yo, un niño criado en los bosques y que ha visto poco mundo, haya sido arrastrado al mismo centro de este gran acontecimiento.

Comentario a Josiah Blackburn, finales de julio de 1864.

Resulta un poco sorprendente que yo, que nunca he sido un hombre rencoroso, siempre he sido presentado ante la gente para las elecciones en papeletas marcadas por su amargura… siempre excepto una vez: cuando llegué al Congreso [1846] fue una época tranquila. Pero excepto en ese momento, las disputas en las que he tenido un papel destacado siempre han estado marcadas por un gran rencor.

Comentario a su secretario John Hay el día de las elecciones, 8 de noviembre de 1864.

Si supierais el poco daño que me hace a mí y el gran bien que le hace a ella, no os sorprendería que sea tan dócil.

Comentario a unos amigos, sobre su esposa Mary que había ganado una discusión, 1865.

No me puedo convencer de que exista ningún ser humano vivo que me quiera hacer daño.

Comentario sobre la información referente a una amenaza contra su vida para el día de su llegada a Richmond, Virginia, 4 de abril de 1865.

Creswell, viejo amigo, esta mañana todo es brillante. La guerra se ha terminado. Ha sido una época dura, pero la hemos sobrevivido. O, al menos, algunos de nosotros.

En conversación con el senador John Creswell de Maryland, 14 de abril de 1865.

Debemos ser más alegres en el futuro. Entre la guerra y la pérdida de nuestro querido Willie, ambos hemos estado muy tristes.

Comentario a su esposa Mary, 14 de abril de 1865. (Uno de sus hijos había muerto de enfermedad en 1862. Esa noche los Lincoln fueron al teatro, y le dispararon al presidente.)

Las malas promesas es mejor romperlas que mantenerlas.

Último discurso desde la terraza de la Casa Blanca, 11 de abril de 1865.

El matrimonio no es el cielo ni el infierno; sencillamente es el purgatorio.

Atribuido a Abraham Lincoln, aunque no aparece en las fuentes contemporáneas.

# Educación y consejos

# para los jóvenes

Sobre el sistema educativo, sin la pretensión de dictar ningún plan o sistema sobre él, solo puedo decir que lo considero el tema más importante del que nos podemos ocupar como pueblo. Que cada hombre pueda recibir al menos una educación moderada y de esta manera sea capaz de leer las historias de su país y de otros países, para que pueda apreciar en su justa medida el valor de nuestras instituciones libres, me parece un objeto de vital importancia, aunque solo sea por esto, sin mencionar las ventajas y la satisfacción que se derivan para todas las personas de la capacidad de leer por sí mismas las Escrituras y otras obras de naturaleza religiosa y moral.

Carta a los habitantes del condado de Sangamon, 9 de marzo de 1832.

Cuando leo en voz alta capto dos sentidos de la idea: en primer lugar, veo lo que leo; en segundo lugar, lo escucho y así lo puedo recordar mejor.

Comentario a William Herndon, que le preguntó molesto por qué leía en voz alta (sin fecha).

El camino que debe seguir un joven para prosperar es mejorarse en todo lo que pueda, sin temor a que nadie quiera impedírselo. Le puedo asegurar que las sospechas y los celos nunca han ayudado a nadie en ninguna situación. Es posible que a veces se produzcan intentos mezquinos de impedir el progreso de un joven; que

también podrán triunfar si él permite que su mente se distraiga de la senda verdadera que le permitirá superar la herida que han querido infligirle. Mire a su alrededor y vea si este sentimiento no ha asaltado a todas las personas que conoce para que caiga en él.

Carta a William Herndon, 10 de julio de 1848.

Esta costumbre de perder inútilmente el tiempo es la gran dificultad; y es enormemente importante para ti, y aún más para tus hijos, que puedas apartarte de este hábito. Es mucho más importante para ellos, porque tienen por delante una vida más larga y se pueden mantener alejados de una mala costumbre antes de caer en ella; lo que es mucho más fácil que abandonarla cuando ya la tienen.

Carta a John D. Johnston, su hermanastro, 24 de diciembre de 1848.

Soy lento para aprender y lento para olvidar lo que he aprendido. Mi mente es como una pieza de acero: resulta muy duro hacerle algún arañazo y después resulta casi imposible eliminarlo.

Comentario a su amigo Joshua Speed (sin fecha).

Intenta ser honesto en todas las circunstancias; y si, según tu propio juicio, no puedes ser un abogado honesto, intenta ser honesto sin ser abogado. Busca otra ocupación.

Nota para una conferencia sobre derecho, 1 de julio de 1850.

Estoy demasiado tiempo fuera de casa para que algún joven pueda estudiar conmigo derecho de una manera provechosa. Si está totalmente decidido a convertirse en abogado, ya ha realizado la mitad de la tarea. No tiene demasiada importancia si estudia con

alguien o no. Yo no estudié con nadie. Consiga los libros, y léalos y estúdielos hasta que comprenda sus rasgos principales; y eso es lo más importante. No tiene ninguna importancia si está en una ciudad grande mientras estudia. Yo estudié en New Salem, que nunca ha tenido más de trescientas personas entre sus habitantes. Los libros y su capacidad para comprenderlos son iguales en todas partes […].

Tenga siempre presente que su decisión de triunfar es mucho más importante que cualquier otra cosa.

Carta a Isham Reavis, 5 de noviembre de 1855.

La capacidad y el gusto por la lectura proporcionan el acceso a lo que ya han descubierto los demás. Es la llave, o una de las llaves, a los problemas ya resueltos. Y no solo eso, ofrece seguridad y una facilidad para investigar con éxito los que aún no se han resuelto.

Discurso ante la Wisconsin State Agricultural Society de Milwaukee, Wisconsin, 30 de septiembre de 1859.

He recibido su carta del 24 preguntando sobre «la mejor manera de obtener un conocimiento exhaustivo de la ley». El método es muy sencillo, aunque laborioso y tedioso. Se trata, simplemente, de conseguir los libros, y leerlos y estudiarlos con atención… Trabajo, trabajo y trabajo es lo principal.

Carta a John M. Brockman, 25 de septiembre de 1860.

Tu buena madre me dice que te sientes muy mal en tu nueva situación. Permíteme que te asegure que es una certidumbre perfecta que muy pronto te sentirás mejor –bastante feliz– si te mantienes fiel a la decisión tomada de seguir una educación militar. Soy mayor que tú, también me he sentido mal y sé que lo que te digo es verdad. Mantente firme en tu propósito y muy pronto te sentirás tan bien como siempre. Por el contrario, si dudas y te

rindes, perderás el poder de mantener cualquier decisión y lo lamentarás durante toda tu vida. Acepta el consejo de un amigo que, aunque no te ha visto nunca, simpatiza profundamente contigo, y te apoya en tu decisión.

Carta a Quintin Campbell, que acababa de ingresar en West Point; escrita a petición de la madre de Campbell y esposa de Lincoln, 28 de junio de 1862.

Lamento profundamente la noticia de la muerte de su amable y valiente padre; y, en especial, que esté afectando a su joven corazón mucho más de lo que es habitual en estos casos. En nuestro triste mundo, las penas nos llegan a todos; y a los jóvenes les llega con mayor dolor y amargura porque los toma desprevenidos. Los mayores hemos aprendido a esperarlas siempre. Estoy deseoso de proporcionarle algún alivio para su aflicción actual. Pero el consuelo perfecto no es posible, excepto con el tiempo.

Carta a Fanny McCullough, 23 de diciembre de 1862.

El consejo del padre al hijo, «Evita meterte en una pelea, pero si te encuentras en ella, procura que tu oponente se arrepienta», es bueno, pero no el mejor. Nunca una pelea. Ningún hombre que pretenda sacar lo mejor de sí mismo puede dedicar tiempo a las disputas personales. Y mucho menos puede permitirse asumir las consecuencias, entre ellas corromper su temperamento y perder el autocontrol. Cede el paso ante las cosas grandes, ante las que no puedes mostrar más que el mismo derecho; y cede las menores, aunque sean claramente tuyas. Es mejor ceder el paso a un perro antes de que te muerda que luchar por el derecho de paso. Incluso matando al perro no se curará el mordisco.

Carta al capitán James Cutts, 26 de octubre de 1863.

Supongo que en las personas educadas la puntuación es una

cuestión de reglas; conmigo se trata de una cuestión de sentimiento. Pero debo decir que siento un gran respeto por el punto y coma; es un muchachito muy útil.

Comentario a Noah Brooks, principios de diciembre de 1864.

Mi hijo empieza hoy la escuela. Durante algún tiempo, todo le parecerá extraño y nuevo, y me gustaría que lo tratase con suavidad. Esta es una aventura que le puede llevar a atravesar continentes. Una aventura que probablemente incluirá guerras, tragedia y penas. Para vivir esta vida necesitará fe, amor y coraje.

Por eso, querido maestro, le agradecería que lo tomase de la mano y le enseñase cosas que deberá conocer, educándolo con delicadeza. Enseñarle que por cada enemigo, hay un amigo. Deberá saber que todos los hombres no son justos, que todos los hombres no son sinceros. Pero enséñele también que por cada canalla existe un héroe, por cada político corrupto existe un líder entregado.

Enséñele, si puede, que diez céntimos ganados con trabajo tienen mucho más valor que un dólar encontrado. En la escuela es mucho más honorable fracasar que hacer trampas. Enséñele para que aprenda cómo debe perder con elegancia y a disfrutar con la victoria cuando gane.

Enséñele a ser amable con las personas, pero duro con la gente dura. Si puede, apártelo de la envidia y enséñele el secreto de la risa tranquila. Si puede, enséñele a reír cuando esté triste, enséñele que no hay ninguna vergüenza en las lágrimas. Enséñele que puede haber gloria en el fracaso y desesperación en el éxito. Enséñele a apartar a los cínicos.

Si puede, enséñele las maravillas de los libros, pero dele también tiempo para que considere el gran misterio de los pájaros en el cielo, las abejas bajo el sol y las flores sobre una colina verde. Enséñele que tenga fe en sus propias ideas, aunque todo el mundo le diga que está equivocado.

Intente darle a mi hijo la fuerza para no seguir a la multitud cuando

todos los demás lo hacen. Enséñele a escuchar a todo el mundo, pero enséñele también a filtrar todo lo que escucha a través del tamiz de la verdad y que solo acepte lo bueno que pase a través.

Enséñele a vender su talento y su cerebro al mejor postor, pero que nunca ponga precio a su corazón ni a su alma. Que tenga el valor de ser impaciente, que tenga la paciencia de ser valiente. Enséñele a tener una fe sublime en sí mismo, porque así podrá tener siempre una fe sublime en la humanidad y en Dios.

Esta es la orden, maestre, pero hágalo lo mejor que pueda. Mi pequeño es un muchacho estupendo y es mi hijo.

Carta al maestro de su hijo (sin fecha). (Carta atribuida a Lincoln por algunas fuentes, pero que no aparece en las publicaciones de la época.)

# Religión y moralidad

Se dice que el predicador aboga por la abstinencia porque es un fanático, y desea la unión de la Iglesia y el Estado; el abogado, por el orgullo y la vanidad de escucharse como habla; y el agente contratado, por su salario. Pero cuando alguien que es bien conocido desde hace tiempo como víctima de la intemperancia se libra de las ataduras que lo ligaban y aparece ante sus vecinos «vestido y cuerdo», un espécimen redimido de una humanidad largo tiempo perdida, y se pone en pie con lágrimas de alegría temblando en sus ojos para explicar las miserias que ha soportado y que ya no tendrá que soportar nunca más; de sus hijos antes desnudos y hambrientos que ahora comen y se visten cómodamente; de una esposa demacrada por la aflicción, el llanto y el corazón roto, ahora restaurada la salud, la felicidad y con un afecto renovado; y con qué facilidad se hace todo, en cuanto se decide a hacerlo; por muy simple que sea su lenguaje, hay en él una lógica y una elocuencia que pocos, con sentimientos humanos, pueden resistir. No pueden decir que desea una unión de la Iglesia y el Estado, porque no es miembro de una Iglesia; no pueden decir que se envanece al escucharse hablar, porque su comportamiento demuestra que le gustaría mucho más no hablar en absoluto; no pueden decir que habla por una paga porque no recibe ninguna y no pide ninguna. No se puede dudar de ninguna manera de su sinceridad, o negar su compasión por todos los que persuadirá para que imiten su ejemplo.

Discurso ante la Springfield Washington Temperance Society, 22 de febrero de 1842.

Cuando la conducta de los hombres está diseñada para que se influya en ellos, siempre se debería adoptar la persuasión, la persuasión amable y modesta.

Discurso ante la Springfield Washington Temperance Society, 22 de febrero de 1842.

En mi opinión, los que nunca hemos caído víctimas nos hemos visto liberados más por la ausencia de semejante apetito que por cualquier superioridad mental o moral frente a los que sí han caído.

Discurso ante la Springfield Washington Temperance Society, 22 de febrero de 1842.

Es cierto que no soy miembro de ninguna Iglesia cristiana; pero nunca he negado la veracidad de las Escrituras; y nunca he hablado con una falta de respeto intencionada de la religión en general, o de cualquier denominación cristiana en particular.

[…] No creo que pudiera apoyar a un hombre para un cargo si supiera que es un enemigo declarado y que se burla de la religión.

A los votantes del Séptimo Distrito para el Congreso sobre la acusación de que se «burlaba abiertamente» de la religión, 31 de julio de 1846.

Creo que es una máxima establecida de la moral que quien realiza una afirmación sin saber si es verdadera o falsa es culpable de falsedad; y la veracidad accidental de la afirmación no lo justifica ni excusa.

Carta al director, Illinois Gazette, 11 de agosto de 1846.

El país de los faraones fue maldito con plagas, y sus huestes murieron ahogadas en el mar Rojo por intentar retener a un pueblo cautivo que ya le había servido durante más de cuatrocientos años. ¡Que los desastres no caigan nunca sobre nosotros!

Panegírico de Henry Clay en el State House de Springfield, Illinois, 6 de julio de 1852.

He conocido a través de los periódicos del Sur, en especial del Enquirer de Richmond, la visión sureña de los Estados Libres. Insisten en que la esclavitud es un derecho que se debe extender. Lo defienden como un principio. Insisten en que sus esclavos están mejor que los hombres libres del Norte. ¡Qué visión más equivocada tienen estos hombres de los trabajadores norteños! Creen que aquí los hombres siempre tienen que seguir siendo trabajadores, pero no existe dicha clase. Los hombres que el año pasado trabajaban para otro, este año trabajan para ellos mismos, y al año siguiente contratarán a otros para que trabajen para ellos. Esos hombres no comprenden nada cuando piensan de esa manera sobre el trabajo libre en el Norte.

Discurso en Kalamazoo, Michigan, 27 de agosto de 1856.

El trabajo libre tiene la inspiración de la esperanza; la esclavitud no tiene esperanza. El poder de la esperanza sobre el esfuerzo y la felicidad humana es maravilloso.

Nota sobre el trabajo, hacia el 17 de septiembre de 1859.

Formado tal como es, el hombre tiene necesidad positiva del ocio ocasional, y cualquier cosa que se lo pueda proporcionar, asociado con la virtud y el progreso, y libre de vicios e inconvenientes, es un bien positivo.

Discurso ante la Wisconsin State Agricultural Society, Milwaukee, Wisconsin, 20 de septiembre de 1859.

El trabajo libre afirma que como el Autor del hombre ha hecho a cada individuo con una cabeza y un par de manos, lo más probable

es que la intención sea que la cabeza y las manos colaboren como amigas y que esa cabeza en particular debe dirigir y controlar ese par de manos en particular. Como cada hombre tiene una boca para alimentarse y un par de manos para conseguir comida, probablemente se pretende que ese par de manos en particular alimente a esa boca en particular: que cada cabeza es el guardián, director y protector natural de las manos y la boca que están inseparablemente conectadas con ella; y que al ser esto así, cada cabeza se debería cultivar y mejorar con cualquier cosa que pueda mejorar su capacidad para cumplir con su función. En una palabra, el trabajo libre insiste en la educación universal.

Discurso ante la Wisconsin State Agricultural Society, Milwaukee, Wisconsin, 30 de septiembre de 1859.

Se cuenta que una vez un monarca oriental encargó a sus sabios que inventasen para él un sentimiento que estuviera siempre presente, y que debía ser verdadero y apropiado en todos los momentos y situaciones. Ellos le entregaron las palabras: «Y esto también desaparecerá». ¡Cuánto expresan! ¡Qué aleccionador en los momentos de orgullo; qué consolador en las profundidades de la aflicción! «Y esto también desaparecerá.» Pero, aun así, esperemos que no sea del todo cierto. Esperemos más bien que, mediante el cultivo del medio físico, bajo nosotros y a nuestro alrededor, y del mundo intelectual y moral en nuestro interior, podamos asegurar una prosperidad y una felicidad individual, social y política cuya trayectoria debe ser hacia delante y hacia arriba, y que, mientras dure la Tierra, no desaparecerá.

Discurso ante la Wisconsin State Agricultural Society, Milwaukee, Wisconsin, 30 de septiembre de 1859.

Cuando se empieza pobre, como hacen la mayoría en la carrera de la vida, en la sociedad libre el individuo sabe que puede mejorar sus condiciones; sabe que no existe ninguna situación fija de trabajo durante toda su vida. No me avergüenza confesar que hace veinticinco años era un jornalero, que acarreaba vías, trabajaba en

una barcaza… ¡lo que le ocurre a todo hijo de un hombre pobre! Quiero que todo el mundo tenga la oportunidad –y creo que un hombre negro también tiene derecho a ello– de mejorar su condición: cuando puede mirar hacia delante y tener la esperanza de ser este año y el siguiente un jornalero, para después trabajar para sí mismo y finalmente contratar a hombres que trabajen para él.

Discurso en New Haven, Connecticut, 6 de marzo de 1860.

Aquí están presentes veintitrés ministros de diferentes denominaciones y todos ellos, excepto tres, están en mi contra; y aquí están muchos de los miembros más destacados de las iglesias y una gran mayoría de ellos están en mi contra. Señor Bateman, no soy cristiano; Dios sabe que me gustaría serlo, pero he leído atentamente la Biblia y no entiendo este libro [muestra un Nuevo Testamento de bolsillo]. Estos hombres saben muy bien que estoy por la libertad en los territorios, libertad por todas partes siempre que lo permitan la Constitución y las leyes, y que mis oponentes están a favor de la esclavitud. Lo saben y, aun así, con este libro en sus manos, bajo cuya luz la servidumbre humana no puede sobrevivir ni un instante, van a votar contra mí. No lo entiendo en absoluto.

Comentario al superintendente de Instrucción Pública de Illinois, Newton Bateman, finales de octubre de 1860.

El hecho es que no me gusta escuchar sermones cortantes y secos. No, cuando escucho predicar a un hombre me gustar verlo actuar como si estuviera luchando contra abejas.

Comentario al escultor Leonard Wells Volk, hacia 1860.

Desde su última reunión anual ha pasado otro año de cosecha saludable y abundante. Y aunque al Todopoderoso no le ha

complacido bendecirnos con el regreso de la paz, podemos seguir adelante, guiados por la mejor luz que Él nos da, confiando en que a Su debido tiempo y por Sus sabios caminos todo volverá a estar bien.

Mensaje anual al Congreso, 1 de diciembre de 1862.

Me resulta muy alegre y alentador saber que en los esfuerzos que he hecho y sigo haciendo para restaurar una paz justa en nuestro país, recibo el apoyo y el ánimo de los buenos deseos y las oraciones del pueblo de Dios. Nadie es más profundamente consciente que yo mismo que, sin Su favor, nuestra mayor sabiduría no es más que locura y que nuestros esfuerzos más arduos no lograrán nada bajo la sombra de Su descontento. No soy consciente de ningún deseo para el bienestar de mi país que no esté en consonancia con Su voluntad y de ningún plan sobre el que no haya pedido Su bendición. Me parece que, si existe un tema sobre el que todos los hombres buenos pueden estar unánimemente de acuerdo, es en implorar el favor gratuito del Dios de las Naciones por la lucha que está librando nuestro pueblo para la preservación del precioso derecho de nacimiento de la libertad civil y religiosa.

Carta a Caleb Russell y Sallie Fenton de la Sociedad Religiosa de Amigos, Iowa, 5 de enero de 1863.

Con frecuencia he deseado ser un hombre más devoto de lo que soy.

Comentario al Sínodo Presbiteriano de Baltimore, 24 de octubre de 1863.

En principio me disgusta un juramento que obliga a un hombre a jurar que no ha hecho nada malo. Así se rechaza el principio cristiano del perdón a partir del arrepentimiento. Creo que es suficiente con que el hombre no haga nada malo a partir de entonces.

Carta al secretario de Guerra Edwin Stanton, 5 de febrero de 1864.

No digo que haya controlado los acontecimientos, sino que confieso llanamente que los acontecimientos me han controlado a mí. […] Si ahora Dios quiere la eliminación de un gran mal y también quiere que nosotros, los del Norte, así como ustedes, los del Sur, paguemos a medias por nuestra complicidad en dicho mal, la historia imparcial descubrirá en esto nuevas causas para afirmar y reverenciar la justicia y la bondad de Dios.

Carta a Albert G. Hodges, 4 de abril de 1864.

Los propósitos del Todopoderoso son perfectos y deben prevalecer, aunque nosotros, meros mortales, fracasemos en la percepción precisa de los mismos por adelantado. Esperamos un final feliz de esta guerra terrible mucho antes de ahora, pero Dios sabe más y ha tomado otra decisión… debemos trabajar con seriedad bajo la mejor luz que Él nos da, confiando que al actuar así nos seguiremos dirigiendo hacia las grandes metas que Él ha ordenado. Seguramente Él persigue un gran bien después de esta poderosa convulsión, que no podría provocar ningún mortal, y que ningún mortal puede detener.

Carta a Eliza Gurney, 4 de septiembre de 1864.

Cuando hace uno o dos años, los supuestamente hombres santos del Sur se encontraron bajo una apariencia de oración y devoción, y, en nombre del que dice «Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos», apelaron al mundo cristiano para que les ayudasen a que le hiciesen a toda una raza de hombres lo que ningún hombre querría para sí mismo, en mi opinión, despreciaron e insultaron a Dios y a Su Iglesia mucho más de lo que hizo Satanás cuando tentó al Salvador con los reinos de la Tierra. El intento del demonio no era más falso y mucho menos hipócrita. Pero permítame que me contenga,

recordando lo que también está escrito: «No juzguéis, para que no seáis juzgados».

Carta al reverendo George B. Ide, a J. R. Doolittle y a A. Hubbell, 30 de mayo de 1864.

[…] Yo, Abraham Lincoln, presidente de Estados Unidos, a partir de este momento señalo y aparto el último jueves de noviembre como el día que quiero que se observe por parte de todos mis conciudadanos allí donde se encuentren como un día de Acción de Gracias y de Alabanza al Dios Todopoderoso misericordioso Creador y Gobernante del Universo. Y también recomiendo a mis conciudadanos antes mencionados que en dicha ocasión se humillen reverentemente en el polvo y que desde él ofrezcan plegarias y súplicas penitentes y fervientes al Gran Director de los acontecimientos para un cambio hacia las bendiciones inestimables de la Paz, la Unión y la Armonía por todo el país, que le ha complacido asignarnos como el lugar de morada para nosotros y para nuestra posteridad a lo largo de todas las generaciones.

Proclama de Acción de Gracias, 20 de octubre de 1864.

Me dice que su marido es un hombre religioso; cuando lo vea, dígale que he dicho que no me dedico a juzgar la religión, pero que, en mi opinión, la religión que anima a los hombres a rebelarse y a luchar contra el gobierno porque, según creen, el gobierno no hace lo suficiente para ayudar a algunos hombres a obtener su pan del sudor de la frente de otros hombres, no es el tipo de religión por la que las personas pueden llegar al cielo.

Comentario a dos mujeres de Tennessee que pedían la liberación de sus maridos rebeldes como prisioneros de guerra, 6 de diciembre de 1864.

Esperamos con ansia –rezamos con fervor– que este gran azote de la

guerra pase con rapidez. Pero, si Dios quiere que continúe hasta que toda la riqueza amasada por los siervos durante doscientos cincuenta años de esfuerzo no correspondido haya desaparecido, y hasta que la última gota de sangre derramada por el látigo sea pagada por otra derramada por la espada, tal como se dijo hace tres mil años, así se debe seguir diciendo:

Los juicios del Señor son verdad, todos justos.

Carta a Amanda Hall, 20 de marzo de 1865.

# Libertad y Constitución

Nos encontramos en posesión pacífica de la mejor porción de la Tierra en lo que se refiere al territorio, la fertilidad del suelo y la salubridad del clima. Nos encontramos bajo el gobierno de un sistema de instituciones políticas que conduce más esencialmente a la consecución de la libertad civil y religiosa que cualquier otro del que nos hayan llegado noticias a través de la historia. Cuando subimos al escenario de la existencia, nos convertimos en los herederos legales de estas bendiciones fundamentales. No hemos participado en el establecimiento de dicho sistema, sino que es el legado que nos ha llegado de una raza de ancestros que en su momento fueron duros, valientes y patrióticos, pero que ahora ya no están y cuya ausencia lamentamos. Suya fue la tarea –y la culminaron con nobleza– de tomar posesión para ellos mismos, y a través de ellos para nosotros, de esta tierra de abundancia; y de construir sobre sus colinas y sus valles un edificio político de libertad e igualdad de derechos; nuestro deber es transmitir la primera sin que haya sido profanada por el pie de un invasor, y lo segundo sin que haya sufrido la decadencia que ocasiona el paso del tiempo e incólume de cualquier usurpación, hasta alcanzar la última generación que el destino permita que conozca el mundo.

«La perpetuación de nuestras instituciones políticas»: discurso ante el Young Men's Lyceum de Springfield, Illinois, 27 de enero de 1838.

¿En qué momento deberemos esperar que se acerque el peligro? ¿Por qué medio nos debemos fortificar contra él? ¿Debemos esperar que algún gigante militar trasatlántico atraviese el océano y nos aplaste de un golpe? ¡Nunca! Todos los ejércitos de Europa, Asia y África combinados, con todos los tesoros de la Tierra (excepto los nuestros) en sus arcas militares, con un Bonaparte como

comandante, no podrían beber por la fuerza un sorbo del Ohio o abrirse camino por el Blue Ridge aunque lo intentasen durante mil años.

Entonces, ¿en qué momento debemos esperar que llegue el peligro? Y mi respuesta es que, si alguna vez nos alcanza, surgirá entre nosotros. No puede venir de fuera. Si nuestro destino es la destrucción, seremos nosotros mismos el autor y el verdugo. Como una nación de hombres libres, debemos vivir para siempre o morir por suicidio.

«La perpetuación de nuestras instituciones políticas»: discurso ante el Young Men's Lyceum de Springfield, Illinois, 27 de enero de 1838.

Cuando en la actualidad a la gente se le mete en la cabeza colgar a los tahúres y quemar a los asesinos, debería recordar que, en la confusión que trae consigo habitualmente ese tipo de actos, es tan posible que cuelguen o quemen a alguien que no sea ni un tahúr ni un asesino, como a alguien que sí lo es; y que, actuando según el ejemplo que dan, la multitud de mañana puede, y probablemente lo haga, colgar o quemar a alguno de ellos al cometer el mismo error.

«La perpetuación de nuestras instituciones políticas»: discurso ante el Young Men's Lyceum de Springfield, Illinois, 27 de enero de 1838.

[…] Mediante la actuación del espíritu tumultuario, que todos debemos admitir que en la actualidad está extendido por el país, el bastión más fuerte de cualquier gobierno, y en especial de uno constituido como el nuestro, puede quedar derrumbado y destruido: me refiero al apego del pueblo […] siempre que a la parte malvada de la población se le permita unirse en bandas de cientos o miles y quemar iglesias, saquear y robar tiendas, lanzar imprentas a los ríos, disparar a los editores, y colgar y quemar a placer y con impunidad a personas despreciables, dicho gobierno no puede durar.

«La perpetuación de nuestras instituciones políticas»: discurso ante el Young Men's Lyceum de Springfield, Illinois, 27 de enero de 1838.

Como hicieron los patriotas de 1776 al apoyar la Constitución y las leyes, todo americano debe inclinar ante ellas su vida, su propiedad y su sagrado honor; todo hombre debe recordar que violar las leyes es pisotear la sangre de sus padres y destrozar el carácter de su propia libertad y de la de sus hijos.

«La perpetuación de nuestras instituciones políticas»: discurso ante el Young Men's Lyceum de Springfield, Illinois, 27 de enero de 1838.

¿Hasta qué punto han sido efectivas las penas establecidas hasta ahora para prevenir los crímenes que debían suprimir? ¿El confinamiento no ha sido desde hace tiempo la pena legal para el hurto, la falsificación, el robo y otros muchos crímenes en casi todos los estados? Y a pesar de eso, ¿no se cometen dichos crímenes cada semana, cada día e, incluso, cada hora en cada uno de dichos estados? Más aún, hace tiempo que el cadalso es la pena en caso de asesinato, y casi no abrimos ningún periódico que no relate un nuevo caso de este crimen. En consecuencia, si hasta el momento las penas han fracasado para prevenir el hurto, la falsificación y el robo, y el cadalso también ha fracasado en la prevención de los asesinatos, me pregunto ¿por qué proceso de razonamiento podemos llegar a la conclusión que las penas van a prevenir el robo del dinero público?

Discurso en la Cámara de Representantes, Springfield, Illinois, 26 de diciembre de 1839.

Existe una vaga creencia popular de que los abogados son esencialmente deshonestos. Digo vaga porque cuando consideramos hasta qué punto la gente otorga confianza y honores a los abogados,

parece improbable que su impresión de deshonestidad sea demasiado marcada y vívida. Pero, aun así, la impresión es común y casi universal.

Nota para una conferencia sobre derecho, hacia julio de 1850.

No me atrevo a plantear este caso sobre la presunción que el tribunal lo sabe todo. Argumento el caso sobre la presunción que el tribunal no lo conoce todo.

Comentario a William Herndon (sin fecha).

[…] Si todos los hombres fueran justos, seguiría habiendo una poca, aunque no mucha, necesidad de gobierno.

Nota para una conferencia, hacia el 1 de julio de 1854.

Cuando el hombre blanco se gobierna a sí mismo se trata de autogobierno; pero cuando se gobierna a sí mismo y también gobierna a otros hombres, entonces se trata de algo más que autogobierno: eso es despotismo.

Discurso en Peoria, Illinois, 16 de octubre de 1854.

[…] Ningún hombre es lo suficientemente bueno para gobernar a otro hombre sin su consentimiento.

Discurso en Peoria, Illinois, 16 de octubre de 1854.

Sobre la cuestión de la libertad, como principio, no somos lo que fuimos. Cuando éramos los esclavos políticos del rey Jorge y queríamos ser libres, dijimos que la máxima que «todos los hombres

son creados iguales» era una verdad evidente por sí misma; pero ahora, cuando hemos engordado y hemos perdido todo temor a ser esclavos, nos hemos vuelto tan codiciosos como para llegar a ser «amos», de manera que decimos que la misma máxima es «una mentira evidente por sí misma».

Carta a George Robertson, 15 de agosto de 1855.

En lo que se refiere a la emancipación pacífica y voluntaria, la condición del esclavo negro en América, algo terrible para la contemplación de una mente libre, está en la actualidad tan fijada y no hay esperanza de un cambio para mejor que la de las almas perdidas de los finalmente impenitentes. El autócrata de todas las Rusias abdicará de su corona y proclamará que sus súbditos son republicanos libres antes de que nuestros amos americanos renuncien voluntariamente a sus esclavos.

Carta a George Robertson, 15 de agosto de 1855.

Nuestro progreso en la degeneración me parece bastante rápido. Como nación empezamos proclamando que «todos los hombres son creados iguales». En la actualidad prácticamente lo leemos como que «todos los hombres son creados iguales, excepto los negros». […] Cuando llegamos a este punto, preferiría emigrar a algún país en el que no pretendan amar la libertad: a Rusia, por ejemplo, donde el despotismo se aplica con pureza y sin la vulgar aleación de la hipocresía.

Carta a su amigo Joshua Speed, 24 de agosto de 1855.

En tu suposición de que se puede producir una decisión justa sobre la cuestión de la esclavitud en Kansas, te hablaré claro y no estoy de acuerdo con la ley de Nebraska. No veo esa promulgación como una ley, sino como violencia desde el principio. Fue concebida con violencia, aprobada con violencia, mantenida con violencia y

ejecutada con violencia.

Carta a Joshua Speed, 24 de agosto de 1855.

Pueden triunfar con mayor facilidad a través del voto. Después pueden redimir pacíficamente al gobierno y preservar las libertades de la humanidad a través de sus votos, su voz y su influencia moral… Que haya paz. Hagan la revolución a través de las urnas y restauren el gobierno para que vuelva a ocupar el afecto y el corazón de los hombres haciendo que vuelva a ser la expresión, como era la intención inicial, del más alto espíritu de justicia y libertad.

Discurso ante los abolicionistas de Springfield, hacia 1855.

Somos un gran imperio. Tenemos ochenta años. Una vez fuimos la maravilla y la admiración de todo el mundo, y debemos analizar lo que nos ha otorgado tanta prosperidad y debemos comprender que renunciar a esa única cosa será como renunciar a toda prosperidad futura. Esta causa es que todo hombre se puede hacer a sí mismo. Se ha dicho que semejante tipo de prosperidad no se ha visto en ningún otro sitio… contemplamos un pueblo que, mientras se enorgullece de ser libre, somete a sus congéneres.

Discurso en Kalamazoo, Michigan, 27 de agosto de 1856.

Todos los poderes de la Tierra parece que se combinan rápidamente contra él… Lo tienen en su cárcel; han registrado su persona y no le han dejado de aplicar ningún instrumento de fisgoneo. Una detrás de otra han cerrado las pesadas puertas de hierro a sus espaldas y ahora lo tienen encerrado tras un cerrojo de cien llaves, que no se puede abrir sin la participación de cada una de las llaves; las llaves están en manos de cien hombres diferentes y todos ellos desperdigados en cien lugares distantes y diferentes, y siguen reflexionando sobre qué pueden inventar en todos los dominios de

la mente y de la materia para conseguir que su huida sea aún más imposible.

Discurso en Springfield, Illinois, 26 de junio de 1857.

Estoy a favor de que todas las personas de toda la nación hagan lo que les plazca en todos los temas que afectan al conjunto de la nación; que los que pertenecen a cada parte hagan lo que les plazca en todos los temas que afecten a su parte; y que cada individuo tome las decisiones oportunas en todos los temas que no afecten a nadie más. Este es el principio. Por supuesto, me pliego a cualquier excepción que haga necesaria la Constitución o la situación actual de los asuntos. Pero ni el principio ni la excepción pueden aceptar la extensión indefinida y la perpetuación de la esclavitud humana.

Borrador de un discurso, hacia el 18 de mayo de 1858.

No se puede probar en negativo, pero se tiene derecho a reclamar que cuando se presenta un cargo afirmativo, se deben presentar algunas pruebas que demuestren la veracidad de lo que se dice. Desde luego no puedo presentar testimonios para demostrar la negativa de las cosas, pero tengo el derecho a afirmar que, si un hombre dice que sabe una cosa, entonces debe demostrar cómo lo sabe. Siempre tendré el derecho a afirmarlo y no me resulta satisfactorio que pueda ser «consciente» del tema.

Primer debate con Stephen Douglas, Ottawa, Illinois, 21 de agosto de 1858.

[…] No existe ninguna razón en el mundo por la que el negro no esté dotado de todos los derechos naturales enumerados en la Declaración de Independencia: el derecho a la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad.

Primer debate con Stephen Douglas, Ottawa, Illinois, 21 de agosto de 1858.

Con la opinión pública, nada puede fracasar; sin ella, nada puede triunfar. En consecuencia, quien moldea la opinión pública profundiza más que quien erige estatuas o pronuncia discursos. Hace que las estatuas y las decisiones se puedan o no se puedan ejecutar.

Primer debate con Stephen Douglas, Ottawa, Illinois, 21 de agosto de 1858.

¿Qué es la soberanía popular? ¿Se trata del derecho de las personas a tener esclavitud o no tenerla, en función de lo que les parezca más adecuado para su territorio? Yo afirmo –y tengo a un hombre muy capaz que me observa– que la soberanía popular, como se aplica ahora al tema de la esclavitud, permite que los habitantes de un territorio conserven la esclavitud si la desean, pero que no permite que no la tengan si no la quieren.

Primer debate con Stephen Douglas, Ottawa, Illinois, 21 de agosto de 1858.

Como no me gustaría ser un esclavo, tampoco me gustaría ser un amo. Esto expresa mi idea de la democracia. Todo lo que difiera de esto, sin importar la extensión de la diferencia, no es democracia.

Anotación, hacia agosto de 1858.

¿Qué constituye el baluarte de nuestra libertad e independencia?… Nuestra confianza radica en el amor a la libertad que Dios ha plantado en nuestro pecho. Nuestra defensa se encuentra en la preservación del espíritu que considera que la libertad es la herencia de todos los hombres, en todas las tierras, en todas partes. Destruyamos este espíritu, y habremos plantado la semilla del despotismo frente a nuestra puerta. Familiaricémonos con las cadenas de la servidumbre y estaremos preparando nuestros

miembros para llevarlas.

Discurso en Edwardsville, Illinois, 11 de septiembre de 1858.

[…] La institución de la esclavitud solo se menciona dos o tres veces en la Constitución de Estados Unidos, y en ninguno de estos casos aparece la palabra «esclavitud» o «negro»; sino que en todos los casos se utiliza un lenguaje poco claro y con un propósito lleno de significado… y ese propósito era que en nuestra Constitución, que se tenía la esperanza y se sigue teniendo la esperanza de que durará para siempre –cuando sea leída por hombres inteligentes y patrióticos, después de que la institución de la esclavitud nos haya abandonado– no debía haber nada frente a la gran carta de libertad que sugiriera que algo parecido a la esclavitud negra había existido entre nosotros.

Séptimo debate con Stephen Douglas, Alton, Illinois, 15 de octubre de 1858.

No es verdad que nuestros padres, como asume el juez Douglas, creasen este gobierno en parte esclavo y en parte libre. Comprendo el sentido con que lo aplica. Asume que la esclavitud es algo justo por sí mismo y que fue introducida por los redactores de la Constitución. La verdad exacta es que se encontraron con que la institución existía entre nosotros y la dejaron tal como la encontraron. Pero al crear el gobierno dejaron esta institución señalada con claras marcas de desaprobación. Encontraron la esclavitud y la dejaron como estaba a causa de las dificultades, de la imposibilidad absoluta de su abolición inmediata.

Séptimo debate con Stephen Douglas, Alton, Illinois, 15 de octubre de 1858.

Este es un mundo de compensaciones; y quien no vaya a ser esclavo debe consentir en no tener esclavos. Los que les niegan la libertad a

los demás no la merecen para ellos mismos; y, bajo un Dios justo, no la pueden conservar durante mucho tiempo.

Carta a H. L. Pierce y otros, 6 de abril de 1859.

Queremos y debemos tener una política nacional sobre la esclavitud que la trate como un error.

Nota para sus discursos en Columbus y Cincinnati, Ohio, 16-17 de septiembre de 1859.

Corregir los males, grandes y pequeños, que surgen por la necesidad de compasión y de la enemistad positiva entre extraños, como naciones o como individuos, es una de las funciones más elevadas de la civilización.

Discurso ante la Wisconsin State Agricultural Society de Milwaukee, Wisconsin, 30 de septiembre de 1859.

Si el gran pueblo americano consigue controlar su temperamento, a ambos lados de la línea, los problemas llegarán a su fin, y la cuestión que ahora ocupa al país se resolverá con la misma seguridad de que todas las demás dificultades de naturaleza similar que se han originado durante este gobierno han llegado a solucionarse. Dejemos que la gente en ambos lados conserve la serenidad y, al igual que otros nubarrones se han aclarado con el tiempo, estos también lo harán, y esta gran nación podrá seguir prosperando como hasta ahora.

Discurso en Pittsburgh, Pensilvania, 15 de febrero de 1861.

¿Le puedo pedir que considere las dificultades de mi posición y solicitar su amable asistencia? Nuestra seguridad al tomar las armas para nuestra destrucción quedará en nada si nunca vamos a cometer

errores en la búsqueda de un lugar donde no haya ninguna. Seguiré haciendo todo lo que pueda para distinguir entre hombres verdaderos y falsos. Y mientras tanto, permítame que solicite, una vez más, su ayuda para apaciguar enfados que son inevitables.

Carta a una persona no identificada, hacia el 15 de septiembre de 1861.

Si la esclavitud no existiera entre nosotros y se planteara la pregunta de si deberíamos adoptar dicha institución, estaremos de acuerdo en cuál debería ser la respuesta. Si existe alguna diversidad en nuestros puntos de vista, no se encuentra en si deberíamos aceptar la esclavitud cuando estamos libres de ella, sino en cómo librarnos de ella cuando ya se encuentra entre nosotros. Si se preguntase a un individuo si nos gustaría tener un quiste en el cuello, no tendrá dudas sobre la respuesta; pero si se le pregunta si se debería liberar a un hombre que ya tiene un quiste mediante la aplicación del cuchillo del cirujano, puede que exista una diversidad de opiniones, quizás el hombre se pueda desangrar hasta la muerte como resultado de dicha operación.

Discurso ante un comité del Sínodo de la Iglesia Reformada Presbiteriana, 17 de julio de 1862.

El traidor contra el gobierno general renuncia a sus esclavos, al menos en la misma medida que lo hace con cualquier otra propiedad; y renuncia a ambos ante el gobierno al que ofende. El gobierno, en la medida en que pueda ser propietario, ahora es propietario de los esclavos abandonados; y la cuestión para el Congreso en este tema es: «¿Los debe liberar, o venderlos a un nuevo amo?». No veo ninguna objeción a que el Congreso decida por adelantado que se deben liberar.

Mensaje al 37º Congreso, segunda sesión, 17 de julio de 1862.

Esta parte de la superficie de la tierra que es propiedad y está habitada por el pueblo de Estados Unidos está bien adaptada para ser el hogar de una familia nacional; y no está bien adaptada para dos o más.

Mensaje anual al Congreso, 1 de diciembre de 1862.

Nuestra lucha nacional no surge de nuestra parte más permanente; no procede de la tierra que habitamos; ni de nuestra naturaleza nacional. No es posible eliminar esta parte porque se multiplicaría y no mitigaría el mal entre nosotros. En todas sus adaptaciones y aptitudes, exige unión y aborrece la separación. De hecho, a largo plazo, obligará a la reunión a pesar de toda la sangre y todo el tesoro que haya costado la separación.

Mensaje anual al Congreso, 1 de diciembre de 1862.

Los recursos, las ventajas y el poder del pueblo americano son muy grandes y, en consecuencia, tienen una responsabilidad igualmente grande. Parece que se ha desarrollado entre ellos para comprobar si un gobierno establecido sobre los principios de la libertad humana se puede mantener contra el esfuerzo de construir otro elevado exclusivamente sobre el fundamento de la servidumbre humana.

Carta a los trabajadores de Londres, 2 de febrero de 1863.

Una larga experiencia ha demostrado que los ejércitos no se pueden conservar al menos que la deserción se castigue con la definitiva pena de muerte. El caso requiere, y la ley y la Constitución sancionan, este castigo. ¿Debo fusilar a un soldado joven y descerebrado que deserta mientras que no toco ni un cabello al agitador taimado que lo induce a desertar? No resulta menos injurioso cuando el efecto se produce a través de un padre, o un hermano, o un amigo en una reunión pública, actuando sobre sus sentimientos hasta que lo convencen para que escriba al soldado

que está luchando por una mala causa, para una administración malvada de un gobierno despreciable, demasiado débil para arrestarlo y castigarlo si deserta. Creo que en ese caso silenciar al agitador y salvar al muchacho no solo es constitucional, sino, en su conjunto, una gran clemencia.

Carta a Erastus Corning y otros, 12 de junio de 1863.

[…] La Constitución en la aplicación de todos sus aspectos no es la misma en casos de rebelión o invasión que implican la salvaguarda pública que en épocas de paz profunda y seguridad pública. La propia Constitución señala la distinción, y no puedo creer que el gobierno no pueda adoptar constitucionalmente medidas de fuerza en época de rebelión, porque se puede demostrar que las mismas no se pueden tomar legalmente en tiempos de paz, de la misma manera que no puedo creer que una sustancia concreta no es una buena medicina para un hombre enfermo porque se puede demostrar que no es buena para uno sano.

Carta a Erastus Corning y otros, 12 de junio de 1863.

No estoy acostumbrado a utilizar el lenguaje del elogio; nunca he estudiado el arte de halagar a las mujeres; pero debo decir que si todo lo que oradores y poetas han dicho desde la creación del mundo en alabanza de las mujeres se aplicase a las mujeres de América, no les haría justicia por su conducta durante esta guerra. Terminaré diciendo que ¡Dios bendiga a las mujeres de América!

Discurso en la Sanitary Fair de Washington, D. C., 18 de marzo de 1864.

¿Es posible perder la nación y, aun así, preservar la Constitución? Según la ley general, se debe proteger la vida y las extremidades; pero con frecuencia se debe amputar una extremidad para salvar la vida; pero nunca es sabio entregar la vida para salvar una

extremidad. Creo que medidas que serían inconstitucionales se pueden considerar legales al resultar indispensables para preservar la Constitución a través de la preservación de la nación. Con razón o equivocado, ocupé este terreno y ahora lo admito. No podía pensar que, con todas mis capacidades, hubiese podido preservar la Constitución si, para salvar la esclavitud, o cualquier asunto menor, hubiera permitido la destrucción del gobierno, la nación y la Constitución todos juntos.

Comentarios al gobernador de Kentucky Thomas Bramlette, al The Frankfort Commonwealth editado por Albert Hodges, y al senador Archibald Dixon, 26 de marzo de 1864.

El mundo no ha tenido nunca una buena definición de la palabra libertad, y el pueblo americano, precisamente ahora, tiene una gran necesidad de una. Todos nos declaramos a favor de la libertad; pero al utilizar la misma palabra no queremos decir lo mismo. Para algunos la palabra libertad significa que cada hombre puede hacer lo que le plazca consigo mismo y con el producto de su trabajo; mientras que para otros la misma palabra significa que algunos hombres pueden hacer lo que les place con otros hombres, y con el producto del trabajo de dichos hombres. Así tenemos dos hechos no solo diferentes, sino incompatibles, llamados con el mismo nombre: libertad. Y de aquí se concluye que cada uno de estos hechos, desde el punto de vista del partido respectivo, recibe dos nombres diferentes e incompatibles: libertad y tiranía.

Discurso en la Sanitary Fair de Baltimore, Maryland, 18 de abril de 1864.

En ningún lugar del mundo se presenta un gobierno de tanta libertad e igualdad. Los más humildes y pobres entre nosotros detentan los mayores privilegios y posiciones. En el momento presente me encuentro en la Casa Blanca, pero existen las mismas posibilidades para vuestros hijos que las que existían para los hijos de mi padre.

Discurso ante el 148 Regimiento de Ohio, 31 de agosto de 1864.

Ni la esclavitud ni la servidumbre involuntaria, excepto como castigo a un crimen por el que el acusado debe haber sido condenado según las leyes, deben existir en Estados Unidos, o en ningún otro lugar sometido a su jurisdicción.

Presentación de «una propuesta de enmienda a la Constitución de Estados Unidos», la 13ª Enmienda, 1 de febrero de 1865.

Un hombre que niega a otros hombres la igualdad de derechos difícilmente se merece la libertad; pero incluso a él le otorgaré todos los derechos que reclamo para mí mismo.

Comentario a su secretario John Hay, abril de 1865.

# Política y políticos

Mis políticas son cortas y dulces, como la danza de una anciana.

Discurso durante la campaña para la legislatura estatal de Illinois, en Pappsville, 1832.

Los capitalistas actúan habitualmente en armonía y en concierto para desplumar al pueblo, y ahora que tienen una pelea entre ellos, nos llaman para que nos apropiemos del dinero del pueblo para resolver la cuestión.

Discurso en la Legislatura de Illinois, 11 de enero de 1837.

Señor presidente, esta obra es exclusivamente la obra de políticos, un conjunto de hombres que tienen intereses al margen de los intereses del pueblo, y que, para decir lo mejor de ellos, tomados en su conjunto, están alejados un gran paso de los hombres honestos. Digo esto con la mayor libertad porque, al ser yo mismo un político, nadie se lo puede tomar como algo personal.

Discurso en la Legislatura de Illinois, 11 de enero de 1837.

La probabilidad de que caigamos en la lucha no nos debe detener en dar nuestro apoyo a una causa que creemos justa; no me va a detener. Nunca siento mi alma más elevada y extendida hacia esas dimensiones que no son totalmente indignas de su Arquitecto Todopoderoso que cuando contemplo la causa de mi país abandonada por todo el mundo y en pie, firme y sola, gritando su desafío a sus opresores victoriosos. Aquí, sin contemplar

consecuencias ante los Altos Cielos, y frente al mundo, juro fidelidad eterna a la causa justa, tal como la veo, de la tierra de mi vida, de mi libertad y de mi amor. Y ¿quién que crea lo mismo que yo no pronunciará sin miedo el mismo juramento que tomo yo? Que no flaquee nadie que crea que es justo y triunfaremos. Pero si, al final, fracasamos, que así sea. Aún tendremos el orgulloso consuelo de decir a nuestras conciencias, y ante la sombra lejana de la libertad de nuestro país, que nunca dudamos en defender la causa adoptada por nuestra conciencia y adorada por nuestros corazones a pesar del desastre, las cadenas, la tortura y la muerte.

Discurso en la Cámara de Representantes de Springfield, Illinois, 26 de diciembre de 1839.

«No hagamos el mal para conseguir el bien.» Este dicho popular es indudablemente correcto, pero ¿se puede aplicar? Si con sus votos hubiera podido evitar la extensión de la esclavitud, ¿no habría sido bueno y no malo utilizar sus votos, aunque hubiera significado enajenarse la voluntad de algunos amos de esclavos? Por sus frutos los conoceréis. Un árbol malo no puede dar un buen fruto. Si el fruto de la elección del señor Clay hubiera sido evitar la extensión de la esclavitud, ¿habría podido ser malo el acto de su elección?

Carta a Williamson Durley, un abolicionista, 3 de octubre de 1845.

Es cierto que la lucha entre candidatos no fortalece a un partido; pero ¿quién es más responsable de dicha lucha, los que están dispuestos a vivir y dejar vivir, o los que están decididos, cueste lo que cueste, a ocupar el «número uno»?

Carta a John Hardin, 7 de febrero de 1846.

Cuando empezó la guerra era de la opinión que aquellos que, porque sabían demasiado poco, o porque sabían demasiado, no podían en conciencia aprobar la conducta del presidente (al

principio de todo) debían, a pesar de ello, como buenos ciudadanos y patriotas, permanecer en silencio sobre este tema, al menos hasta que terminase la guerra.

Discurso sobre la guerra con México en la Cámara de Representantes de Estados Unidos, 12 de enero de 1848.

[…] En la actualidad tengo más que sospechas que [el presidente James K. Polk] es profundamente consciente de que está equivocado; que siente que la sangre de esta guerra, como la sangre de Abel, está clamando al Cielo en su contra; que ordenó al general Taylor que atacase un pacífico asentamiento mexicano para provocar una guerra; que teniendo originalmente algunos poderosos motivos –sobre los que no me detendré ahora a dar mi opinión– para implicar a los dos países en una guerra, y confiando en que escaparía a la crítica al fijar la mirada pública en la enorme brillantez de la gloria militar –ese atractivo arco íris que surge de la lluvia de sangre, ese ojo de serpiente que hechiza para destruir– se sumergió en ellos y se vio cada vez más arrastrado, hasta que, decepcionado en sus cálculos de la facilidad con la que se podría someter a México, ahora no sabe dónde se encuentra.

Discurso sobre la guerra con México en la Cámara de Representantes de Estados Unidos, 12 de enero de 1848.

[…] En este mensaje existe una omisión singular en el hecho que no menciona en ningún momento cuándo espera el presidente que termine la guerra. En su inicio, el general Scott perdió el favor, o cayó en desgracia, de este mismo presidente por aventurar que la paz no se podría lograr en menos de tres o cuatro meses. Pero ahora, al final de casi veinte meses, durante los cuales nuestras armas nos han ofrecido los éxitos más espléndidos –cada departamento y cada arma, por tierra y por agua, oficiales y soldados, regulares y voluntarios, haciendo todo lo que los hombres pueden hacer, y cientos de cosas que antes se creía que los hombres no podían hacer–, después de todo esto, este mismo presidente nos ofrece un mensaje largo sin mostrarnos que, en cuanto al final,

tenga alguna concepción imaginaria. Como he dicho antes, no sabe dónde está. Es un hombre desconcertado, confundido y miserablemente perplejo. ¡Quiera Dios que sea capaz de mostrar que no hay nada más doloroso en su conciencia que toda esta perplejidad mental!

Discurso sobre la guerra con México en la Cámara de Representantes de Estados Unidos, 12 de enero de 1848.

Si se permite que el presidente invada una nación vecina siempre que lo considere necesario para repeler una invasión, se permitirá que lo haga siempre que decida decir que lo cree necesario para dicho propósito… y se le permitirá hacer la guerra según le plazca.

Carta a William H. Herndon, 15 de febrero de 1848.

Protesto contra su definición de la condenación de Polk como «oposición a la guerra». Asumiendo que todos debemos oponernos a la guerra, aunque votemos a favor de los suministros, eso no significa que se apoye a Polk, y con el debido respeto creo que ha caído en una de las trampas astutamente tendidas por el locofoísmo.

Carta a Usher Linder, 22 de marzo de 1848.

Todos saben que la Constitución otorga al presidente un veto sobre la legislación; pero dicho veto se puede combinar con plataformas y con otros mecanismos para permitirle y, de hecho, casi obligarle a tomar en sus manos toda la legislación y es a lo que nos oponemos –es a lo que se opone el general Taylor– y es lo que constituye la gran diferencia entre ustedes y nosotros.

Discurso en la Cámara de Representantes de Estados Unidos, 27 de julio de 1848.

Comprendo su idea de que si el candidato presidencial defiende su opinión sobre una cuestión determinada, o más bien sobre todos los temas, y si el pueblo, con pleno conocimiento de esto, lo elige, con ello está aprobando claramente todas esas opiniones. Esto, aunque plausible, es un engaño muy pernicioso.

Discurso en la Cámara de Representantes de Estados Unidos, 27 de julio de 1848.

Un individuo anunció que había realizado un descubrimiento mediante el cual podía hacer un hombre nuevo a partir de uno viejo, y aún le quedaba suficiente sustancia para crear un perrito amarillo. Semejante descubrimiento ha sido para usted la popularidad del general Jackson. No solo lo ha convertido dos veces en presidente, sino que le ha quedado suficiente materia para, desde entonces, hacer presidentes a hombres comparativamente mucho más pequeños; y ahora su objetivo principal es crear otro más.

Discurso en la Cámara de Representantes de Estados Unidos, 27 de julio de 1848.

Señor presidente, todos hemos oído hablar del animal que duda entre dos pilas de heno y muere de hambre; eso no le ocurrirá nunca al general Cass. Coloque las pilas separadas por mil millas y se quedará totalmente quieto entre las dos y se las comerá a la vez; y al mismo tiempo la hierba verde entre ambas también sufrirá. Sin lugar a dudas, conviértanlo en presidente, caballeros. Les alimentará copiosamente… si… si es que queda algo después de que se haya servido él.

Discurso en la Cámara de Representantes de Estados Unidos, 27 de julio de 1848. (Lincoln había analizado las cuentas de Cass de 1813 a 1831 cuando fue gobernador del territorio de Michigan, en las que se recogían gastos diarios en varios lugares a la vez.)

La declaración de que siempre nos hemos opuesto a la guerra es verdadera o falsa según se entienda la expresión «oposición a la guerra». Si se considera que oponerse a la guerra quiere decir que «la guerra era innecesaria y se inició de manera inconstitucional por parte del presidente», entonces los Whig nos hemos opuesto ampliamente a la guerra.

Discurso en la Cámara de Representantes de Estados Unidos, 27 de julio de 1848.

Rechacemos el Compromiso de Misuri, rechacemos todos los compromisos, rechacemos la Declaración de Independencia, rechacemos toda la historia pasada, pero, aun así, no podremos rechazar la naturaleza humana. Aun así, el corazón del hombre sabrá que la extensión de la esclavitud está mal; y a partir del convencimiento de su corazón, su boca seguirá hablando.

Discurso en Peoria, Illinois, 16 de octubre de 1854.

Hace casi ochenta años empezamos declarando que todos los hombres son creados iguales; pero ahora, a partir de dicho principio, hemos derivado otra declaración: que para algunos hombres esclavizar a los demás es un «derecho sagrado de autogobierno». Estos principios no pueden estar juntos. Son tan opuestos como Dios y Mamón; y cualquiera que sostenga uno debe despreciar el otro.

Discurso en Peoria, Illinois, 16 de octubre de 1854.

Apoya a cualquiera que tenga razón. Apóyalo mientras tenga razón y sepárate de él cuando esté equivocado.

Discurso en Peoria, Illinois, 16 de octubre de 1854.

Aunque en una carta o conversación privada expreses tu preferencia de que Kansas sea libre, no votarás por nadie para el Congreso que diga lo mismo en público… Los criadores de esclavos y los tratantes de esclavos son una clase pequeña, odiosa y detestada entre vosotros; pero, aun así, en política dictan el curso de todos vosotros, y son tan completamente vuestros amos como vosotros sois los amos de vuestros negros.

Carta a Joshua Speed, 24 de agosto de 1855.

Los republicanos inculcan, lo mejor que pueden, que el negro es un hombre; que su sometimiento es cruel y malvado, y que no se debe ampliar el campo de esta opresión. Los demócratas niegan su humanidad; niegan, o reducen a la insignificancia, la maldad de su servidumbre; hasta donde les resulta posible eliminan cualquier simpatía por él, y cultivan y excitan un odio y un disgusto contra él; se consideran salvadores de la Unión al hacer esto; y llaman a la extensión ilimitada de su sometimiento «un derecho sagrado de autogobierno».

Discurso en Springfield, Illinois, 26 de junio de 1857.

Si se debe aceptar o rechazar la Constitución de Lecompton, es una cuestión que, en la mente de los hombres sin ninguna idea sobre sus antecedentes y movidos solo por la Constitución Federal, por los principios republicanos y por una sana moralidad, me parece que no puede suscitar dos opiniones. Se debería aplastar y matar lo más rápida y concienzudamente posible como si fuera un perro rabioso.

Borrador de un discurso, hacia el 18 de mayo de 1858.

Bienvenido o no, agradable o desagradable, el tema que se nos plantea es si esta debe ser toda una nación de esclavos. Cada incidente –cada pequeño cambio de escena o de actores– solo limpia la basura que se interpone, compacta y consolida las fuerzas

opuestas, y las coloca cada vez más cara a cara. El conflicto será grave; y será librado por aquellos que se preocupan por el resultado, y no por los que no se preocupan por él… por aquellos que están a favor y por los que están en contra de una esclavitud nacional legalizada.

Borrador de discurso, hacia el 18 de mayo de 1858.

Una casa dividida contra sí misma no puede perdurar.

Creo que este gobierno no puede durar, permanentemente medio esclavo y medio libre.

No preveo que se disuelva la Unión; no preveo que la casa caiga, pero preveo que dejará de estar dividida.

Se convertirá toda ella en una cosa o en la otra.

Discurso de aceptación de la nominación para el Senado de Estados Unidos, Convención Estatal Republicana, Springfield, Illinois, 16 de junio de 1858.

Se puede engañar a parte del pueblo durante todo el tiempo, y a todo el pueblo durante algún tiempo, pero no se puede engañar a todo el pueblo durante todo el tiempo.

Atribuido a Lincoln, pero nunca citada en fuentes contemporáneas, de su discurso en Bloomington, Illinois, 29 de mayo de 1856.

La diferencia entre los partidos Republicano y Demócrata en el tema principal de estos comicios, tal como la entiendo yo, es que los primeros consideran la esclavitud como un mal moral, social y político, mientras que los segundos no la consideran ningún mal moral, social o político; y la acción de cada uno de ellos en lo que respecta al crecimiento de nuestro país y a la expansión de nuestra población está en consonancia con esos puntos de vista.

Discurso en Edwardsville, Illinois, 11 de septiembre de 1858.

El Partido Republicano… sostiene que este gobierno fue instituido para asegurar las bendiciones de la libertad, y que la esclavitud es un mal incalificable para los negros, para los hombres blancos, para la Tierra y para el Estado.

Discurso en Edwardsville, Illinois, 11 de septiembre de 1858.

Vale la pena observar que, por regla general, hemos tenido una paz relativa sobre el tema de la esclavitud y que no hubo ninguna causa de alarma hasta que se iniciaron los esfuerzos para extenderla hacia territorios nuevos. Mientras ha estado limitada a sus fronteras actuales y no se ha hecho ningún esfuerzo para extenderla, ha habido paz. Todos los problemas y las convulsiones han derivado de los esfuerzos por extenderla hacia más territorios.

Tercer debate con Stephen Douglas, 15 de septiembre de 1858.

[…] En el país existe un sentimiento contra mí… un sentimiento que sostiene que la esclavitud no está mal, y por eso apoya una política que propone que tratar con ella no es nada malo. Esa política es la política demócrata, y ese sentimiento es el sentimiento demócrata… Quizás el demócrata que dice que se opone tanto a la esclavitud como yo me dirá que estoy equivocado en este tema. Me gustaría que examinara durante un momento su propia trayectoria sobre este asunto, y después considerase si su opinión no ha cambiado un poco. Usted dice que está mal, pero ¿no se opone constantemente a cualquiera que diga lo mismo? ¿No argumenta constantemente que este no es el lugar correcto para oponerse a ella? Usted dice que no nos debemos oponer a ella en los estados libres, porque aquí no hay esclavitud; no se deben oponer a ella en los estados esclavistas, porque está allí; no nos debemos oponer en la política porque se arma escándalo; no se le debe oponer en el púlpito, porque no se trata de religión. Entonces, ¿cuál es el lugar

para oponernos a ella? No existe ningún lugar adecuado para oponernos. No existe ningún lugar en el país para oponernos a este mal que se extiende por el continente, que usted mismo reconoce que se está produciendo.

Sexto debate con Stephen Douglas, Quincy, Illinois, 13 de octubre de 1858.

Según mi mejor opinión, he trabajado por y no contra la Unión. Como no lo siento, no he manifestado ningún sentimiento de repulsa contra nuestros hermanos del Sur. Constantemente he declarado, como lo creo realmente, que la única diferencia entre ellos y nosotros es la diferencia de las circunstancias.

Discurso en Springfield, Illinois, 30 de octubre de 1858.

Los [demócratas] de hoy en día sostienen que la libertad de un hombre no es absolutamente nada cuando entra en conflicto con el derecho de propiedad de otro hombre. Los republicanos, por el contrario, están a favor tanto del hombre como del dólar; pero en caso de conflicto, el hombre antes que el dólar.

Carta a H. L. Pierce y otros, 6 de abril de 1859.

[…] No se trata de un juego de niños salvar los principios de Jefferson de su total desaparición en esta nación.

Uno podría empezar con una gran confianza en la posibilidad de convencer a cualquier niño cuerdo de que la proposición más sencilla de Euclides es cierta; pero, aun así, fracasará, sin remedio, con uno que niega la definición de los axiomas. Los principios de Jefferson son las definiciones y los axiomas de la sociedad libre.

Carta a H.L. Pierce y otros, 6 de abril de 1859.

He dicho que en nuestro tono y temperamento moral actuales somos lo suficientemente fuertes para enfrentarnos a nuestros enemigos declarados. Pero el efecto principal del douglasismo es el cambio de dicho tono y temperamento. Los hombres que apoyan las medidas de su líder político deben, casi por necesidad, adoptar el razonamiento y los sentimientos que el líder plantea para apoyarlos.

Notas para los discursos en Columbus y Cincinnati, Ohio, 16-17 de septiembre de 1859.

Si me atreviera a aconsejar a mis amigos republicanos presentes, diría que dejasen tranquilos a sus vecinos de Misuri. Que no tengan nada que ver con sus esclavos. Que no tengan nada que ver con las personas blancas, excepto de manera amistosa. Dejad de lado las diferencias del pasado y comportaos de manera que si no podéis estar en paz con ellos, la culpa sea totalmente suya.

Discurso en Leavenworth, Kansas, 3 de diciembre de 1859.

[…] Vosotros [los demócratas] estáis por la Unión y teméis en gran medida que el éxito de los republicanos destruya la Unión. ¿Por qué? ¿Es que los republicanos se declaran en contra de la Unión? Ni mucho menos. Vuestra propia afirmación es que si los republicanos negros eligen a su presidente, no lo vais a reconocer. Vais a romper la Unión. Será vuestro acto, no el nuestro. Para justificarlo, debéis demostrar que nuestra política os proporciona la causa justa para una acción tan desesperada. ¿Lo podéis hacer? Cuando lo intentéis, descubriréis que nuestra política es exactamente la política de los hombres que crearon la Unión. Nada más y nada menos.

Discurso en Leavenworth, Kansas, 3 de diciembre de 1859.

Acaban de ejecutar a Old John Brown por traición contra un estado. No tenemos nada que objetar, aunque estuviera de acuerdo con nosotros en que la esclavitud es mala. Eso no puede excusar la

violencia, el derramamiento de sangre y la traición. No le justifica en nada que pudiera creer que tenía razón. Así, si constitucionalmente elegimos a un presidente y después emprende la destrucción de la Unión, será nuestro deber actuar con vosotros como se ha tratado a Old John Brown. Intentaremos cumplir con nuestro deber. Tenemos la esperanza y creemos que en ninguna sección [electoral] la mayoría actuará de esa manera para que sea necesario aplicar medidas tan extremas.

Discurso en Leavenworth, Kansas, 3 de diciembre de 1859.

El hecho de que no hayamos conseguido ningún voto en esta sección es una consecuencia de vuestros actos y no de los nuestros. Y si hay algo reprensible en ese hecho, la falta es principalmente vuestra, y lo seguirá siendo hasta que nos demuestren que las causas de su rechazo se encuentran en algún principio o en alguna práctica erróneos.

Discurso en el Cooper Union Institute, ciudad de Nueva York, 27 de febrero de 1860. (La cita pertenece a la sección «unas pocas palabras a la gente del Sur».)

Si la esclavitud es correcta, todas las palabras, los actos, las leyes y las constituciones contra ella son erróneas por sí mismas, y se deben silenciar y dejar de lado. Si es correcta, no nos podemos oponer con justicia a su nacionalidad, a su universalidad; si es errónea, no pueden insistir con justicia en su extensión, en su ampliación. Todo lo que piden lo podríamos conceder con rapidez si creyésemos que la esclavitud es correcta; todo lo que pedimos nos lo podrían conceder con rapidez si creyesen que es errónea. Su creencia en que es correcta y la nuestra en que es errónea constituyen el núcleo de toda la controversia. Al creer que es justa, como hacen ellos, no se les puede reprochar que deseen su reconocimiento completo, como algo justo; pero, al creer que es errónea, como hacemos nosotros, ¿les podemos apoyar? ¿Podemos comprometer nuestros votos con su punto de vista y en contra del nuestro? Teniendo en cuenta nuestra responsabilidad moral, social y política, ¿lo podemos hacer?

Discurso en el Cooper Union Institute, ciudad de Nueva York, 27 de febrero de 1860.

Los nuevos territorios son los lechos recién creados que deben ocupar nuestros hijos, y está en manos de la nación decir si deben tener o no serpientes mezcladas entre ellos. No parece que haya muchas dudas sobre cuál debe ser nuestra política.

Discurso en New Haven, Connecticut, 6 de marzo de 1860.

La falta de una educación primaria más extensa en el señor Clark, aunque se pueda lamentar de manera genérica, enseña al menos una lección provechosa: enseña que en este país uno casi no puede ser más pobre, pero que, si quiere, puede adquirir suficiente educación para transitar respetablemente por el mundo.

Panegírico de Henry Clay en el State House de Springfield, Illinois, 6 de julio de 1852.

En otros hombres, una derrota era caer en el olvido; pero con él, la derrota no era más que un incidente trivial, sin que lo cambiase a él ni a la estima que el mundo sentía por él. Incluso aquellos de los dos partidos políticos que lo superaron en la lucha por los más altos cargos han tenido carreras mucho más cortas que la suya, y lo han dejado brillando en lo más alto de los cielos del mundo político. Jackson, Van Buren, Harrison, Polk y Taylor se alzaron después y se eclipsaron mucho antes que él.

Panegírico de Henry Clay en la State House de Springfield, Illinois, 6 de julio de 1852.

La elocuencia del señor Clay no consistía, como en muchos especímenes destacados de la elocuencia, en tipos y figuras, en antítesis y en una disposición elegante de las palabras y las frases;

sino más bien en un tono y un gesto profundamente serios y apasionados, que solo pueden proceder de una gran sinceridad y de una convicción profunda en el orador de la justicia y la importancia de su causa.

Panegírico de Henry Clay en la State House de Springfield, Illinois, 6 de julio de 1852.

Douglas es un gran hombre… evitando responder a las preguntas que no quiere contestar.

Discurso en Kalamazoo, Michigan, 27 de agosto de 1856.

Conmigo, la carrera de la ambición ha sido un fracaso… un fracaso completo; con él ha sido un éxito espléndido. Su nombre llena la nación y ni siquiera es desconocido en los países extranjeros.

Nota sobre Stephen Douglas, hacia diciembre de 1856.

En este momento su táctica es que parezca que está disfrutando de una entrada y una marcha triunfal a través del país; pero todo es grandilocuencia y vacío como los boletines que Napoleón enviaba sobre su campaña en Rusia.

Carta a Gustave Koerner, sobre Stephen Douglas, 15 de julio de 1858.

El señor Douglas disfruta de un renombre mundial. Todos los políticos ansiosos de su partido, o que han sido de su partido durante los últimos años, lo han contemplado con toda seguridad como presidente de Estados Unidos en un día no muy lejano. Han visto su rostro redondo, alegre y rubicundo en estafetas de correos, oficinas de bienes raíces, buques insignia y reuniones de gabinete, barcos mercantes y misiones en el extranjero, pletórico y

desbordante en una maravillosa exuberancia, dispuesto a que lo agarren con sus manos codiciosas. Y como llevan tanto tiempo contemplando su atractiva imagen, a pesar de la pequeña distracción que ha ocurrido en el seno del partido, no pueden dejar de lado su encantadora esperanza; pero con una ansiedad aún más codiciosa corren a su encuentro, lo apoyan y le ofrecen marchas, entradas triunfales y recepciones que van más allá de lo que le podrían haber ofrecido en los días de su mayor prosperidad. Por el contrario, nadie ha esperado nunca que yo llegue a ser presidente. En mi pobre rostro delgado y enjuto nadie ha visto nunca que fueran a crecer calabazas.

Discurso en Springfield, Illinois, 17 de julio de 1858.

Me han informado de que ayer mi distinguido amigo se excitó un poco, quizá se puso nervioso, y dijo algo sobre pelear, como si se refiriese a un encuentro pugilístico entre él y yo. ¿Alguien en esta audiencia le oyó utilizar ese lenguaje? Además, también me informan de que alguien en su audiencia, aún más excitado, o nervioso, que él mismo, se quitó la chaqueta y se ofreció para ocupar el puesto de las manos del juez Douglas y luchar personalmente contra Lincoln. ¿Alguno de los presentes asistió a este acto tan belicoso? Bueno, solo quiero decir que no voy a pelear contra el juez Douglas ni contra su segundo. No lo haré por dos razones que ahora voy a explicar. En primer lugar, una pelea no iba a demostrar nada de lo que se dirime en estos comicios. Es posible que establezca que el juez Douglas es un hombre más musculoso que yo, o es posible que demuestre que yo soy un hombre más musculoso que el juez Douglas. Pero esta cuestión no se plantea en la tribuna de Cincinnati, ni en ninguna de las tribunas de Springfield. Ningún resultado iba a demostrar que él tiene razón y yo estoy equivocado. Y lo mismo con el caballero que se presentó voluntario para pelear conmigo. Si pelear contra el juez Douglas no iba a demostrar nada, mucho menos lo iba a demostrar si pelease contra su copero.

Discurso en Havana, Illinois, 14 de agosto de 1858.

Resulta imposible aventajarle. Aunque lo haga fatal, se comporta de una manera que la gente se sorprende y duda de quién ha ganado.

Comentario a William Dickson sobre la habilidad como polemista de Stephen Douglas (sin fecha).

El juez intenta muy seriamente dar la impresión que cuando nos encontramos en diferentes lugares estoy literalmente en su poder: que soy un ratón pobre, indefenso y decrépito y que no puedo hacer absolutamente nada. Este es uno de los medios que ha utilizado para crear esa impresión. No conozco otro método para enfrentarme a él, excepto este. No quiero pelearme con él –llamarlo mentiroso–, pero cuando estoy cara a cara con él no sé qué otra cosa lo puedo llamar si debo expresar la verdad.

Tercer debate con Stephen Douglas, Jonesboro, Illinois, 15 de septiembre de 1858.

En sus numerosos discursos que está pronunciando ahora mismo en Illinois, el senador Douglas argumenta regularmente contra la doctrina de la igualdad de los hombres; y aunque no llega a la conclusión de que los superiores pueden esclavizar a los inferiores, resulta evidente que quiere que sus oyentes lleguen a esa conclusión. Evita la responsabilidad de derribar la casa, pero socava sus cimientos para que caiga por su propio peso.

Nota, hacia el 1 de octubre de 1858.

El juez Douglas declara que cualquier comunidad que quiera la esclavitud tiene el derecho a tenerla. Eso resulta totalmente lógico, si afirma que no hay nada malo en la esclavitud; pero si se admite que hay algo malo en ella, no puede decir con toda lógica que alguien tenga el derecho a hacer algo malo.

Quinto debate con Stephen Douglas, Galesburg, Illinois, 7 de octubre de 1858.

Y creo… que el juez Douglas, y cualquiera que como él enseñe que el negro no participa, por muy humilde que pudiera ser su parte, en la Declaración de Independencia, está regresando a la época de nuestra libertad e independencia, y, en lo que a él respecta, está cargando el cañón que señala cada año su alegre regreso; que está apagando las luces morales a nuestro alrededor cuando sostiene que cualquiera que quiera esclavos tiene el derecho a tenerlos; que está penetrando, en la medida que está en sus manos, en el alma humana y erradicando la luz de la razón y el amor a la libertad cuando está preparando de todas las maneras posibles a la opinión pública, mediante su enorme influencia, para convertir la institución de la esclavitud en perpetua y nacional.

Quinto debate con Stephen Douglas, Galesburg, Illinois, 7 de octubre de 1858.

El juez Douglas les pregunta: «¿Por qué no puede la institución de la esclavitud, o mejor aún, por qué no puede la nación, en parte esclava y en parte libre, continuar como la formaron nuestros padres para siempre?». En primer lugar, insisto en que nuestros padres no formaron la nación medio esclava y medio libre, o en parte esclava y en parte libre. No la hicieron así, pero la dejaron así porque en aquel momento no sabían cómo librarse de ella. Cuando el juez Douglas dice que los padres del gobierno tomaron la decisión de hacer esta nación en parte esclava y en parte libre está asumiendo lo que es una falsedad histórica.

Sexto debate con Stephen Douglas, Quincy, Illinois, 13 de octubre de 1858.

La lucha debe continuar. La causa de la libertad civil no se puede rendir al final de una o, incluso, de cientos de derrotas. En el último debate, Douglas tuvo la habilidad de presentarse como el mejor medio para destruir y para apoyar los intereses esclavistas. No existe habilidad capaz de mantener en armonía durante mucho

tiempo estos elementos antagónicos. Pronto habrá otra explosión.

Carta a Henry Asbury, tras la elección de Douglas, 19 de noviembre de 1858.

Me alegro de haber participado en la última carrera. Me ha permitido tener una audiencia sobre la cuestión más grande y duradera de esta época, que no habría conseguido por otros medios; y aunque ahora desaparezca del escenario y caiga en el olvido, creo que he hecho algunos comentarios que hablarán por la causa de la libertad civil mucho después de que me haya ido.

Carta a Anson Henry, 19 de noviembre de 1858.

Espero que el resultado de las elecciones le haya resultado duro. También lo ha sido para mí, aunque quizá no tan duro como suponía. Tengo una fe perdurable en que los venceremos a largo plazo. Paso a paso los objetivos del líder se harán demasiado evidentes para que la gente los apoye. Escribo simplemente para hacerle saber que no estoy muerto ni moribundo.

Carta a Alexander Sympson, 12 de diciembre de 1858.

Nunca deja que la lógica de los principios desplace la lógica del éxito.

Nota para un discurso sobre Stephen Douglas, hacia septiembre de 1859.

La posición de Douglas conduce a la nacionalización de la esclavitud con la misma seguridad que la de Jeff Davis [de Misisipi, futuro presidente de la Confederación] y [James] Madison de Virginia. Las dos posturas son caminos ligeramente diferentes hacia el mismo destino, con la siguiente diferencia: la nacionalización de

la esclavitud solo se puede alcanzar con la ruta de Douglas y con ninguna otra.

Notas para sus discursos en Columbus y Cincinnati, Ohio, 16-17 de septiembre de 1859.

Comprendo que [Douglas] nunca ha dicho como individuo si cree que la esclavitud es buena o mala y ¡debe ser el único hombre en la nación que no lo ha hecho! Es posible que en este momento esta política tenga un éxito temporal; es posible que surja como una necesidad para las expectativas políticas de algunos caballeros; pero no tiene ningún fundamento; el pueblo no es indiferente; y por eso no puede tener duración ni permanencia.

Discurso en New Haven, Connecticut, 6 de marzo de 1860.

Las batallas del general Taylor no se distinguían por la brillantez de las maniobras militares; sino que más bien parece que conquistó mediante el ejercicio de un juicio sobrio y constante, junto con una incapacidad permanente de comprender que la derrota era posible. Su rasgo militar más extraño era una combinación de negativos: ausencia de emoción y ausencia de miedo. No se le podía excitar y no se le podía atemorizar.

Panegírico de Zachary Taylor, Chicago, 24 de julio de 1850.

La presidencia, incluso para los políticos más experimentados, no es un lecho de rosas, y el general Taylor, como otros, encontró las espinas. Ningún ser humano puede ocupar el cargo y escapar a las censuras. Pero, aun así, espero y creo que cuando la conducta oficial del general Taylor se observe bajo la tranquila luz de la historia, se descubrirá que mereció tan pocas como cualquiera de los que le sucedieron.

Panegírico de Zachary Taylor, Chicago, 24 de julio de 1850.

[…] El pueblo americano, al elegir al general Taylor para la presidencia, demostrando así su gran aprecio por sus cualidades admirables, pero discretas, le hizo un servicio a su país y un honor imperecedero a él mismo. Los jóvenes deben saber que caminar por el duro sendero del deber, como hizo él, será tenido en cuenta y conducirá a los puestos más elevados.

Panegírico de Zachary Taylor, Chicago, 24 de julio de 1850.

# La presidencia

[…] Debo decir con toda sinceridad que no me creo preparado para la presidencia. Desde luego me siento halagado y satisfecho de que algunos amigos piensen en mí en ese sentido; pero realmente creo que lo mejor para nuestra causa sería que no se realizase ningún esfuerzo concertado como el que sugiere.

Carta a T. J. Pickett, 16 de abril de 1859.

Personalmente me he alistado para el éxito permanente de la causa republicana; y con este objetivo trabajaré fielmente en las filas de la tropa, a menos que, como no creo probable, la decisión del partido me asigne una posición diferente.

Carta a William Frazer, 1 de noviembre de 1859.

[…] Señor Bowen, no voy a fracasar en la velada de mañana en el Cooper Institute. Estoy ansioso por convertirlo en un éxito en consideración a los jóvenes que amablemente me han invitado. No puedo pensar en nada más, y en esta ocasión no puedo aceptar su hospitalidad. Por favor, excúseme y déjeme que ocupe mi habitación en el hotel, cierre la puerta y piense en mi discurso.

Comentario a Henry Bowen sobre el discurso en el Cooper Union Institute, que condujo a su nominación a la presidencia por parte del Partido Republicano, 26 de febrero de 1860.

Tengamos fe en que la justicia es poder, y esa fe, al final, hará que nos atrevamos a cumplir con nuestro deber tal como lo entendemos.

Discurso en el Cooper Union Institute, ciudad de Nueva York, 27 de febrero de 1860.

El discurso en Nueva York, como estaba dentro de mis cálculos antes de empezar, ha ido bastante bien y no me causó ningún problema. Lo difícil fue pronunciar nueve discursos con anterioridad frente a audiencias lectoras que ya habían visto impresas todas mis ideas.

Carta a su esposa Mary, desde Exeter, New Hampshire, 4 de marzo de 1860.

Mi nombre es nuevo en este terreno; y supongo que no soy la primera elección de muchos. Por eso nuestra política es no ofender a nadie; dejarlos con un estado de ánimo que los acerque a nosotros si se ven obligados a abandonar su primer amor.

Carta a Samuel Galloway, 24 de marzo de 1860.

Como me pide, voy a ser totalmente franco. Tengo un poco ese sabor en la boca, y esto, sin duda, me descalifica hasta cierto punto para formarme una opinión correcta. No obstante, puede tener toda la confianza que por ningún consejo o por un cambio de opinión impulsaré mis pretensiones hasta el punto de poner en peligro nuestra causa común.

Carta al senador Lyman Trumbull, 29 de abril de 1860.

Caballeros, será mejor que vengan y me den un apretón de manos mientras puedan: los honores enaltecen a algunos hombres.

Comentario a sus amigos, al recibir la noticia de la nominación republicana a la presidencia, 18 de mayo de 1860.

Implorando la asistencia de la Divina Providencia y con el debido respeto a los puntos de vista y los sentimientos de todos los representados en la Convención; a los derechos de todos los estados y territorios, y a los habitantes de la nación; a la inviolabilidad de la Constitución, y la unión perpetua, la armonía y la prosperidad de todos, me siento muy feliz de colaborar en el éxito práctico de los principios declarados por la Convención.

Carta aceptando la nominación presidencial a George Ashmun, presidente de la Convención Nacional Republicana, 23 de mayo de 1860.

[…] Por motivos personales me gustaría tener un mandato completo en el Senado: un lugar en el que me sentiría conscientemente mucho más capaz de cumplir con los deberes asignados, y donde hay más posibilidades de conseguir una reputación, y existen menos riesgos de perderla, que con cuatro años en la presidencia.

Comentario a un visitante de Nueva York, 25 de octubre de 1860.

Les agradezco, junto con todo los demás, que hayan creído oportuno respaldar con sus votos la causa republicana. Me alegro con ustedes por el éxito que, hasta el momento, ha sonreído a esta causa. No obstante, en nuestra alegría no debemos expresar ni fomentar ningún sentimiento negativo hacia cualquier ciudadano que, mediante su voto, difiera de nosotros. Recordemos siempre que todos los ciudadanos americanos somos hermanos de un país común y debemos vivir juntos con lazos de sentimientos fraternales.

Comentario a «amigos y conciudadanos», Springfield, Illinois, 20 de noviembre de 1860.

Me parece que Douglas se llevó la mejor parte en las elecciones del

último otoño. Quedo enfrentado a un tesoro vacío y a una gran rebelión, mientras que mi propio partido respalda su idea de soberanía popular y la aplica en la legislación… Solo me gustaría haber llegado a tiempo de cerrar la puerta antes de que robasen el caballo. Pero cuando llegue allí, podré seguirle el rastro.

Comentario a su amigo Joseph Gillespie, al salir hacia Washington, D. C., 11 de febrero de 1861.

Como ya he confesado antes, solo soy un instrumento accidental, temporal, y para servir durante un tiempo limitado, pero apelo una vez más a ustedes para tenerlo constantemente en mente con ustedes, y no con políticos, ni con presidentes ni con buscadores de cargos, sino con ustedes, la cuestión es: «Si la Unión y las libertades de este país se deben preservar hasta la última generación».

Discurso desde la plataforma de su tren ante el gobernador Oliver Morton y los ciudadanos de Indiana, 11 de febrero de 1861.

He sido seleccionado para ocupar un cargo importante durante un breve período, y ahora, ante sus ojos, estoy investido de una influencia que pronto desaparecerá; pero si mi Administración resulta ser muy malvada, o lo que es más probable, que sea muy insensata, si ustedes, el pueblo, sigue fiel a sí mismo y a la Constitución, poco daño podré hacer, ¡gracias a Dios!

Discurso a sus «conciudadanos» en Lawrenceburg, Indiana, 12 de febrero de 1861.

Había un hombre que iba a ser nominado en una Convención política y le alquiló un caballo al propietario de un establo para viajar allí. Sin embargo, el caballo era tan condenadamente lento que el hombre llegó demasiado tarde y se encontró con que habían nominado a su oponente y la Convención se había aplazado. Cuando llegó a casa le dijo al propietario del establo: «Tiene usted

un buen animal… un buen animal». «¿Lo dice en serio?» «Desde luego, pero no se lo venda nunca a un enterrador.» «¡A un enterrador! ¿Por qué no?» «Porque si unce el caballo a una carroza, el día de la Resurrección llegará antes que alcance el cementerio.» Así que si mi viaje sigue un ritmo tan lento, presenciaremos el día de la Resurrección antes de que llegue a la capital.

Anécdota explicada a una multitud en una parada de tren camino de Washington, D. C., febrero de 1861.

Es verdad que mientras me considero sin ninguna falsa modestia como el más humilde de los individuos que ha sido elevado a la presidencia, tengo ante mí una tarea mucho más difícil que todos ellos.

Discurso ante la Legislatura Estatal de Nueva York, Albany, Nueva York, 18 de febrero de 1861.

Preveo ocupar el terreno que considero más justo para el Norte, el Este, el Oeste, el Sur y todo el país. Tengo la esperanza de ocuparlo con buena disposición y, desde luego, sin ninguna malevolencia hacia ninguna región. Haré todo lo que esté en mi poder para promocionar la resolución pacífica de todas las dificultades. No existe ningún hombre vivo que esté más dedicado a la paz que yo. Nadie que haga más para preservarla. Pero es posible que sea necesario afirmar con fuerza los pies. Y si cumplo con mi deber, y lo hago bien, me apoyarán, ¿o no?

Discurso ante la Asamblea Estatal de Nueva Jersey, 21 de febrero de 1861.

Mi intención es preservar la paz de este país en la medida de lo posible, principalmente con la conservación de las instituciones del país. Con mi consentimiento, o sin mi gran disgusto, este país no presenciará nunca el derramamiento de una gota de sangre en una

lucha fraternal.

Discurso ante el gobernador Andrew Curtin y los ciudadanos de Pensilvania, Harrisburg, Pensilvania, 22 de febrero de 1861.

Mientras que el pueblo conserve sus virtudes y esté vigilante, ninguna administración, por muy malvada o loca que sea, puede herir seriamente al gobierno en el corto espacio de cuatro años.

Primer discurso de investidura, 4 de marzo de 1861.

Si intentase leer, y mucho menos contestar, todos los ataques contra mí, lo más probable es que esta tienda tuviera que cerrar para cualquier otro negocio. Lo hago lo mejor que sé y lo mejor que puedo; y mi intención es seguir haciéndolo hasta el final. Si al final acabo bien, todo lo que han dicho contra mí no tendrá ninguna importancia. Si al final acabo mal, diez mil ángeles jurando que tenía razón no iban a cambiar nada.

Comentario a un oficial que le sugirió al presidente que rebatiera «un ataque contra él realizado por el Comité del Congreso sobre la Conducción de la Guerra» (sin fecha).

Hay algunos que no salvarían la Unión a menos que al mismo tiempo pudieran destruir la esclavitud, pero yo no estoy de acuerdo con ellos. Mi objetivo principal en esta lucha es salvar la Unión, y no salvar o destruir la esclavitud. Si pudiera salvar la Unión sin liberar a ningún esclavo, lo haría; y si lo pudiera hacer liberando a todos los esclavos, lo haría; y si lo pudiera hacer liberando algunos y dejando a los demás, también lo haría. Lo que hago sobre la esclavitud y para la raza de color, lo hago porque creo que ayuda a salvar la Unión; y lo que no hago, no lo hago porque no creo que ayude a salvar la Unión.

Respuesta de la «Casa Ejecutiva» al editorial «The Prayer of Twenty Millions» de Horace Greely, publicado en el New York Tribune, 22

de agosto de 1862.

Con todas las terribles tensiones que caen sobre mí de noche y de día, si no riera, moriría.

Comentario a un ministro del gabinete que se preguntaba por qué Lincoln estaba leyendo un libro de humor (sin fecha).

Bueno, sería muy feliz de complacerle, si se respetasen mis pases; pero el hecho es, señor, que en los últimos dos años he entregado pases a doscientos cincuenta mil hombres para que vayan a Richmond, y ninguno ha conseguido llegar.

Comentario a «un caballero» que había «solicitado un pase para Richmond» (sin fecha).

Como piloto, he aplicado mis mayores esfuerzos para mantener a flote el buque del Estado, y estaré encantado de entregar el timón en el momento señalado a otro piloto más hábil y con más suerte que la que yo he mostrado. En cualquier caso, y frente a cualquier contratiempo, se debe perpetuar el gobierno. Confiando, como hago yo, en el Poder Todopoderoso, y animado como estoy por las resoluciones que acaban de leer, con el apoyo que recibo de los hombres cristianos, no dudaré en utilizar todos los medios a mi alcance para lograr el fin de esta rebelión y espero que con éxito.

Respuesta a un comité de la Asamblea General Presbiteriana, 2 de junio de 1863.

Tengo aquí algunos papeles que esta mañana empecé a examinar con atención. Contienen el sumario completo de un tribunal militar que juzga a un joven soldado por deserción. Y contienen la transcripción de la declaración prestada en el juicio, junto con la condena y la sentencia a muerte del muchacho; acabo de leer tres

páginas de la declaración y me he encontrado con esto: «El muchacho declaró al ser arrestado que iba a casa a ver a su madre». No creo que pueda permitir que se fusile a un chico porque intentaba ir a casa a ver a su madre. Creo que no quiero leer nada más de esto.

Comentario al senador por Minnesota Morton Smith Wilkinson, verano de 1863.

Bueno, ahora tengo algo que puedo dar a todo el mundo.

Comentario tras contraer la viruela menor, una forma menos virulenta de la viruela, hacia diciembre de 1863.

Estoy convencido de que si la Proclamación se hubiera aprobado seis meses antes, la opinión pública no la habría apoyado. Lo mismo ocurre con la acción consiguiente de alistar a los negros en los estados fronterizos. Este paso, si se hubiera tomado antes, en mi opinión no se habría podido realizar. Un hombre contempla su peral día tras día, impaciente por que madure la fruta. Si intenta forzar el proceso, puede estropear tanto el árbol como la fruta. Pero si espera con paciencia, la pera madura acabará cayendo en su regazo. Yo he visto cómo esta gran revolución en la opinión pública progresaba lenta, pero segura, así que cuando al final se produjo la acción, la oposición no era lo suficientemente fuerte para impedir su éxito.

Comentario a su retratista Francis Carpenter, 1864.

Algunos de mis generales se quejan de que perjudico la disciplina y la subordinación en el ejército con mis perdones y aplazamientos, pero puedo descansar después de un día de duro trabajo si encuentro una buena excusa para salvar la vida de un hombre y me voy a la cama feliz pensando lo feliz que le deben hacer a él, a su familia y a sus amigos el sonido de mi nombre.

Comentario a Schuyler Colfax, presidente de la Cámara de Representantes, hacia 1864.

¡Oh, queridos, queridos! ¡Estos casos me matan! ¡Me gustaría no tener nada que ver con ellos! ¿Qué debo hacer? Ustedes redactan las leyes y después vienen con mujeres desconsoladas y me piden que las deje de lado. Ustedes han decidido que, si un soldado levanta la mano contra su oficial superior, como ha hecho este hombre, ¡debe morir! Así que, si dejo que se ejecuten las leyes, ocurren escenas angustiosas como esta que casi me matan.

Comentario a los congresistas que acababan de presenciar la apelación de una mujer para la conmutación de la sentencia de muerte de su marido (sin fecha).

Cesar a un hombre es muy fácil, pero cuando tengo que ocupar su lugar, hay veinte solicitantes, y a diecinueve de ellos los acabo convirtiendo en enemigos.

Comentario a su retratista Francis Carpenter, hacia 1864.

El hecho es que… tengo más lechones que pezones.

Comentario sobre el patronazgo político al congresista Luther Hanchett (sin fecha).

Es como el hermano de Jim Jett. Jim solía decir que su hermano era el canalla más grande que había vivido, pero por infinita misericordia de la Providencia también era el mayor idiota.

Comentario a su secretario John Hay sobre el rumor de que el general John C. Fremont se presentaría contra él por la nominación presidencial republicana, 22 de mayo de 1864.

Es la tercera vez que me lo lanza, y no creo que tenga que seguir rogándole que la retire, en especial cuando su consecuencia no será la destrucción del país… En definitiva, Brough, considero que esta vez es mejor dejarlo solo.

Comentario al gobernador de Ohio John Brough sobre el secretario del Tesoro Salmon Chase, que le había presentado la dimisión, junio de 1864.

Su dimisión en el cargo de secretario del Tesoro, que me envió ayer, queda aceptada. De todo lo que he dicho alabando su capacidad y su fidelidad, no retiro nada; y a pesar de eso, usted y yo hemos llegado a un punto de incomodidad mutua en nuestra relación oficial que parece que no se puede superar, o sostener durante más tiempo, sin perjudicar el servicio público.

Carta a Salmon Chase, 30 de junio de 1864.

Esta mañana, como en los últimos días, parece bastante probable que esta Administración no sea reelegida. Así que será mi deber colaborar con el presidente electo para salvar la Unión entre las elecciones y la toma de posesión; porque habrá asegurado su elección sobre unos cimientos que posiblemente no le permitan salvarla después.

Memorando, 23 de agosto de 1864.

Usted cree que no sé que me van a derrotar, pero lo sé, y a menos que ocurran grandes cambios, será una gran derrota.

Comentario sobre las próximas elecciones presidenciales, agosto de 1864. (Este «gran cambio» se produjo principalmente por la toma de Atlanta a principios de septiembre por el general William Tecumseh Sherman.)

Confieso que deseo la reelección. Dios sabe que no quiero el trabajo y la responsabilidad del cargo durante cuatro años. Pero siento el orgullo común a toda la humanidad de desear que se respalden los últimos cuatro años de mi Administración.

Comentario, hacia 1864.

Estoy luchando para conservar el gobierno, no para derribarlo. Estoy luchando en especial para evitar que otros lo derriben. Por eso digo que, si vivo, seguiré siendo presidente hasta el cuatro del próximo marzo; y quien haya sido elegido constitucionalmente para ello en noviembre será debidamente instalado como presidente el cuatro de marzo; y en ese intervalo haré todo lo que pueda y sea necesario para afirmar el timón para que el próximo viaje empiece con las mayores posibilidades de salvar el barco.

Respuesta a una serenata por parte de un grupo de ciudadanos de Maryland, 19 de octubre de 1864.

Parece que la gente quiere que me quede un poco más y supongo que tendré que hacerlo, si insisten.

Comentario escuchado por George Templeton Strong, 1864.

Al fin y al cabo, al ser simplemente un mortal, me habría sentido mortificado si me hubieran derrotado en esta liza ante el pueblo; pero este aguijón se habría visto más que compensado por la idea de que el pueblo me ha notificado que todas mis responsabilidades oficiales desaparecerán muy pronto de mis hombros.

Comentario a Noah Brooks, 9 de noviembre de 1864.

No podemos tener un gobierno libre sin elecciones; y si la rebelión nos puede obligar a adelantar o a posponer una elección nacional, sería justo que afirmase que ya nos ha conquistado y destruido.

Comentario ante una serenata de felicitación por su reelección, 10 de noviembre de 1864.

La naturaleza humana no va a cambiar. En cualquier gran conflicto nacional del futuro, en comparación con los hombres de este, los tendremos tan débiles y tan fuertes; tan tontos y tan sabios; tan malos y tan buenos. Por eso estudiemos los incidentes de este como la filosofía para adquirir sabiduría del mismo, y en ningún caso para señalar daños que vengar.

Comentario ante una serenata de felicitación por su reelección, 10 de noviembre de 1864.

[…] Ahora que ya han pasado las elecciones, ¿no tenemos todos un interés común en reunirnos en un esfuerzo común para salvar nuestra patria común?

Comentario ante una serenata de felicitación por su reelección, 10 de noviembre de 1864.

Después de servir cuatro años en las profundidades de un peligro nacional grande y que aún no ha terminado, puedo ver este llamamiento a un segundo mandato, que me resulta muy halagador, como una expresión de la opinión pública de que es mejor que termine una labor complicada en la que he trabajado durante el primer mandato, de lo que podría hacer nadie que no hubiera recibido una formación tan severa para la tarea.

Respuesta al representante de Iowa James Wilson, al senador Lyman Trumbull y al representante de Pensilvania John Dawson, quienes formaban un comité que le informó oficialmente de su segunda elección como presidente, 1 de marzo de 1865.

# Secesión

Nosotros, la mayoría, no trabajaremos por la disolución de la Unión; y si se realiza algún intento, será el vuestro, de los que en voz tan alta nos estigmatizan como desunionistas. Pero, en cualquier caso, la Unión no se va a disolver. No queremos que se disuelva y, si lo intentan, no les vamos a dejar. Con la bolsa y la espada, con el Ejército, la Marina y el Tesoro en nuestras manos y a nuestras órdenes, no lo pueden hacer. Este gobierno sería en realidad muy débil si una mayoría, con un Ejército y una Marina disciplinados y un Tesoro bien lleno, no se pudiera preservar cuando es atacada por una minoría desarmada, indisciplinada y desorganizada.

Todas estas charlas sobre la disolución de la Unión no son más que disparates, nada más que locura. Nosotros NO QUEREMOS disolver la Unión y vosotros NO LO VAIS a hacer.

Discurso en Galena, Illinois, 23 de julio de 1856.

[…] ¡No van a apoyar la elección de un presidente republicano! En ese supuesto, dicen que destruirán la Unión; y entonces dicen que el gran crimen por haberla destruido recaerá en nosotros. Eso está muy bien. Un bandido me apunta con una pistola sobre la oreja y me susurra con los dientes apretados: «¡Quieto y dámelo todo o te mato, y entonces tú serás un asesino!».

Discurso en el Cooper Union Institute, ciudad de Nueva York, 27 de febrero de 1860.

No puede haber ningún compromiso en la cuestión de la extensión de la esclavitud. Si lo hubiera, todo nuestro trabajo se habría

perdido y, a largo plazo, se tendría que hacer de nuevo. El terreno peligroso –en el que algunos de nuestros amigos ansían correr– es la Soberanía Popular. No haga caso. Siga firme. El empujón tiene que llegar, y mejor ahora que más tarde.

Carta al senador Lyman Trumbull, 10 de diciembre de 1860.

¿El pueblo del Sur teme realmente que una Administración republicana va a interferir, directa o indirectamente, con sus esclavos o con ellos a cuenta de sus esclavos? Si lo temen, me gustaría asegurarles, como un antiguo amigo y espero que aún no un enemigo, que no hay ningún motivo para ello.

Carta a Alexander Stephens (futuro vicepresidente de los Estados Confederados), 22 de diciembre de 1860.

¿Cuál es nuestra situación actual? Acabamos de celebrar unas elecciones sobre unos principios claramente expuestos ante el pueblo. Ahora se nos dice por adelantado que el gobierno quedará roto si no nos rendimos ante aquellos a los que hemos vencido antes de ocupar el cargo. En esto o intentan burlarse de nosotros o no lo dicen muy en serio. En cualquier caso, si nos rendimos, es nuestro fin y el del gobierno. Repetirán el experimento con nosotros ad limitum. No pasará un año hasta que tengamos que tomar Cuba como condición para que se queden en la Unión.

Carta a James Hale, 11 de enero de 1861.

Moriré antes de consentir o aconsejar a un amigo que consienta alguna concesión o compromiso que parezca que estamos comprando el privilegio de tomar posesión de este gobierno al que tenemos derecho constitucionalmente.

Comentario a un periodista del New York Herald, 28 de enero de 1861.

Sostengo que en presencia de la Ley universal y de la Constitución, la Unión de estos estados es perpetua. La perpetuidad está implicada, si no expresada, en la ley fundamental de todo gobierno nacional. Se puede afirmar con seguridad que ningún gobierno legítimo contempla en su ley orgánica el mecanismo para su propia disolución. Sigamos ejecutando todas las provisiones expresas de nuestra Constitución nacional y la Unión durará para siempre, porque resulta imposible de destruir, excepto mediante alguna acción no contemplada para ello en el propio instrumento.

Primer discurso de investidura, 4 de marzo de 1861.

Yo no voy a afirmar ni negar que hay personas en un bando o en el otro que buscan la destrucción de la Unión por todos los medios, y se alegran de encontrar cualquier pretexto para hacerlo; pero si existen, no es necesario que les dirija ninguna palabra. Sin embargo, ¿no voy a hablar a los que aman realmente la Unión?

Antes de entrar en un asunto tan grave como la destrucción de nuestro tejido nacional, con todos sus beneficios, sus recuerdos y esperanzas, ¿no sería más sabio afirmar con precisión por qué lo hacemos? ¿Se atreverán a dar un paso tan desesperado mientras exista la más mínima posibilidad de que cualquier parte de los males de los que parten no tenga una existencia real? ¿Lo harán mientras que los males hacia los que se dirigen son mucho mayores que los reales de los que parten? ¿Se arriesgarán a cometer un error tan terrible?

Primer discurso de investidura, 4 de marzo de 1861.

En pocas palabras, la idea central de la secesión es la esencia de la anarquía. Una mayoría, contenida por las limitaciones y las cortapisas constitucionales, y que siempre cambia con facilidad a causa de los cambios deliberados de las opiniones y los sentimientos públicos, es el único soberano verdadero de un pueblo libre.

Cualquiera que lo rechace debe, por necesidad, encaminarse a la anarquía o al despotismo. La unanimidad es imposible; el gobierno de una minoría, como una disposición permanente, es completamente inadmisible; por eso, al rechazar el principio de la mayoría, la anarquía o el despotismo en alguna de sus formas es lo único que queda.

Primer discurso de investidura, 4 de marzo de 1861.

Aunque se admitiese que los que no están satisfechos tienen razón en la disputa, no existe ni una sola buena razón para precipitar una acción. Inteligencia, patriotismo, cristiandad y una firme confianza en Él, que nunca ha maldecido esta tierra favorecida, siguen siendo los elementos competentes para solucionar, de la mejor manera posible, las dificultades actuales.

Primer discurso de investidura, 4 de marzo de 1861.

En sus manos, mis compatriotas insatisfechos, y no en las mías, se encuentra el elemento crucial de la guerra civil. El gobierno no los va a atacar. No pueden tener ningún conflicto si no se convierten en agresores. No tienen ningún juramento registrado en el cielo para destruir el gobierno, mientras que yo he pronunciado el más solemne para «preservarlo, protegerlo y defenderlo».

Primer discurso de investidura, 4 de marzo de 1861.

Los estados tienen su status en la Unión y no tienen ningún otro status legal. Si se apartan de esto, solo lo pueden hacer contra la ley y mediante la revolución. La Unión, y no cada uno de ellos por separado, consiguió su independencia y su libertad. Por conquista, o por compra, la Unión les otorgó la independencia y la libertad que tienen.

Mensaje al Congreso en sesión especial, 4 de julio de 1861.

Gran honor para los oficiales que siguen fieles, a pesar del ejemplo de sus compañeros traidores; pero el honor más grande, y el hecho más importante de todos, es la firmeza unánime del soldado común y del marinero común. Por lo que yo sé, han resistido con éxito hasta el último hombre a los esfuerzos traicioneros de aquellos que les mandaban y a los que solo una hora antes obedecían como una ley absoluta. Este es el instinto patriótico del pueblo llano. Comprenden, sin ningún argumento, que la destrucción del gobierno por parte de Washington no les trae nada bueno.

Mensaje al Congreso en sesión especial, 4 de julio de 1861.

Estoy cordialmente de acuerdo con su excelencia en el deseo de preservar la paz de mi estado natal, Kentucky; pero lamento que he buscado, y no he podido encontrar, en su no demasiado corta carta, ninguna declaración o insinuación de que tenga ningún deseo de preservar la Unión federal.

Carta al gobernador de Kentucky Beriah Magoffin, 24 de agosto de 1861.

Creo que perder Kentucky es casi como perder todo el juego. Sin Kentucky, no podemos conservar Misuri y no creo que tampoco Maryland. Todos ellos en nuestra contra, y la tarea que tenemos entre manos es demasiado grande para nosotros. Sería lo mismo que convenir de una vez la separación, incluida la rendición de este Capitolio.

Carta a Orville Browning, 22 de septiembre de 1861.

El derecho de secesión de un estado no es una cuestión abierta ni discutible.

Comentario a su secretario John Nicolay, 13 de diciembre de 1861.

La división de un estado se teme como un antecedente. Pero una medida necesaria por la guerra no es un precedente para tiempos de paz. Se dice que la admisión de Virginia Occidental es una secesión, y que se tolera solo porque es nuestra secesión. Bueno, aunque lo llamemos con ese nombre, sigue existiendo una diferencia suficiente entre la secesión contra la Constitución y la secesión a favor de la Constitución.

Borrador de su opinión sobre la admisión de Virginia Occidental en la Unión, hacia el 31 de diciembre de 1862.

Todos estamos de acuerdo en que los llamados estados secesionistas se han apartado de su relación práctica con la Unión; y que el único objetivo del gobierno, civil y militar, con respecto a dichos estados es reintegrarlos en esa adecuada relación práctica. Creo que no solo es posible, sino que en realidad es más fácil hacerlo, sin decidir, o ni siquiera considerar, si estos estados han estado fuera de la Unión que con lo contrario.

Último discurso desde la terraza de la Casa Blanca, 11 de abril de 1865.

# La esclavitud y la Proclama de Emancipación

Se dice: A es blanco y B es negro. Entonces se trata del color; ¿el más claro tiene derecho a esclavizar al más oscuro? Cuidado. Por esta regla, te puede esclavizar el primer hombre que te encuentres que tenga la piel más clara que la tuya.

Notas, hacia julio de 1846.

¿Qué derecho natural necesitan Kansas y Nebraska para abrirse a la esclavitud? En un sentido abstracto, ¿la esclavitud garantizada de manera universal no es un gran ultraje a la ley de la naturaleza? ¿Todas las naciones civilizadas, la nuestra entre ellas, no han convertido el tráfico de esclavos en un delito capital y lo han clasificado con la piratería y el asesinato? ¿No se afirma que es el gran mal del mundo? ¿El pueblo del Sur, los propios propietarios de esclavos, no desdeñan a sus traficantes de esclavos locales, se niegan a asociarse con ellos, o dejan que sus familias se asocien con las suyas en cuanto se conoce la mancha de este tráfico indigno?

Discurso en Springfield, Illinois, 4 de octubre de 1854.

[…] Déjenme decir que creo que no tengo ningún prejuicio contra el pueblo sureño. Son exactamente lo que seríamos nosotros en su situación. Si ahora mismo no existiese la esclavitud entre ellos, no la introducirían. Si existiese entre nosotros, no la abandonaríamos al instante… esto es lo que creo de las masas del Norte y del Sur.

Discurso en Peoria, Illinois, 16 de octubre de 1854.

La esclavitud se fundamenta en el egoísmo de la naturaleza humana; lo opuesto es su amor por la justicia.

Discurso en Peoria, Illinois, 16 de octubre de 1854.

La cuestión de la esclavitud, en el momento actual, no debería ser solo la cuestión más importante, sino prácticamente la única cuestión.

Discurso en Kalamazoo, Michigan, 27 de agosto de 1856.

Descubrirán que todos los argumentos a favor del poder del rey son de esta clase; siempre va montado sobre los hombros del pueblo, no porque quiera hacerlo, sino porque la gente lo hace mejor cuando va montada. Este es su argumento y este argumento del juez [Stephen Douglas] es la misma vieja serpiente que dice que tú trabajas y yo como, tú te esfuerzas y yo disfruto de tus frutos. Se le pueden dar todas las vueltas que se quiera: ya proceda de la boca de un rey [como] una excusa para esclavizar al pueblo de su país, o de la boca de hombres de una raza como una razón para esclavizar a los hombres de otra raza, siempre es la misma vieja serpiente, y considero que esta argumentación, que se plantea con el objetivo de convencer a la opinión pública que no nos debemos preocupar por ello, no se detendrá con el negro. Considero que si tomamos esta vieja Declaración de Independencia, que declara como principio que todos los hombres son iguales, y empezamos a hacer excepciones, ¿dónde las detendremos? Si un hombre dice que no incluye al negro, ¿por qué no puede decir otro que no incluye a otro hombre?

Discurso en Chicago, 10 de julio de 1858.

Creo que siempre he odiado la esclavitud como cualquier abolicionista. He sido un whig de la vieja escuela. Siempre la he odiado, pero siempre he guardado silencio sobre el tema hasta que se inició esta nueva etapa con la ley para introducirla en Nebraska.

Siempre creí que todo el mundo estaba en contra de ella y que estaba en vías de su extinción definitiva.

Discurso en Chicago, 10 de julio de 1858.

He dicho que no entiendo que la Declaración quiera decir que todos los hombres son creados iguales en todos los aspectos. No son iguales que nosotros en color; pero supongo que lo que quiere declarar es que todos los hombres son iguales en algunos aspectos; son iguales en su derecho a «la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad»… Lo único que pido para el negro es que, si no te gusta, lo dejes tranquilo.

Discurso en Chicago, 10 de julio de 1858.

La esclavitud no es un tema de poca importancia: ensombrece cualquier otra cuestión en la que podamos estar interesados. Ha dividido a las iglesias metodista y presbiteriana, y ha creado discordia en la American Tract Society. Las iglesias se han dividido y la Society seguirá su ejemplo dentro de poco. Así que es evidente que la esclavitud se agita en el mundo religioso al igual que en el político.

Discurso en Clinton, Illinois, 2 de septiembre de 1858.

Supongamos que es verdad que el negro es inferior al blanco en cuanto a dones de la naturaleza; entonces, ¿no sería exactamente la justicia al revés que por esa razón el blanco tomase del negro lo poco que le ha sido otorgado? «Dar al necesitado» es la regla cristiana de la caridad; pero «Tomar del necesitado» es la regla de la esclavitud.

Nota, hacia el 1 de octubre de 1858.

Como algo bueno, la esclavitud es sorprendentemente peculiar porque se trata del único bien que nadie busca para sí mismo.

¡Tonterías! Los lobos no devoran a los corderos porque sea bueno para sus propias fauces codiciosas, sino porque es bueno para los corderos.

Nota, hacia el 1 de octubre de 1858.

[…] Sabemos por el propio juez Douglas que la esclavitud empezó a ser un elemento de discordia entre la gente blanca de este país en una fecha tan lejana como 1699, es decir, hace ciento sesenta años, o cinco generaciones de hombres, contando que cada generación ocupa treinta años. Ahora me parece que se le podría haber ocurrido al juez Douglas o a cualquiera que ha prestado atención a estos hechos, que existe algo en la naturaleza de esa cosa, la esclavitud, algo duradero que genera inquietud y discordia.

Discurso en Columbus, Ohio, 16 de septiembre de 1859.

[Thomas Jefferson] supuso que existía algo relacionado con la justicia eterna de Dios en la esclavización de cualquier raza de hombres, o de cualquier hombre, y que los que lo hacían eran el brazo ejecutor de Jehová: que cuando una nación desafiaba de esa manera al Todopoderoso, todos los amigos de esa nación podían temer Su ira. Habrá que escoger entre Jefferson y Douglas sobre cuál es la visión verdadera de este elemento entre nosotros.

Discurso en Columbus, Ohio, 16 de septiembre de 1859.

Una parte de nuestro país cree que la esclavitud es correcta, y se debe extender, mientras que la otra cree que está mal y no se debe extender. Esta es la única discusión sustancial.

Primer discurso de investidura, 4 de marzo de 1861.

Debemos liberar a los esclavos o caer en la servidumbre. Los esclavos son indudablemente un elemento de fuerza para los que tienen sus servicios, y debemos decidir si ese elemento debe estar con nosotros o contra nosotros.

Comentario al secretario de Marina Gideon Welles, 13 de julio de 1862. (El 22 de julio, Lincoln anunció al gabinete su intención de publicar una Proclama de Emancipación.)

¿Mis palabras van a liberar a los esclavos, cuando ni siquiera puedo imponer la Constitución en los estados rebeldes?

Comentario a un grupo de ministros de Chicago, 13 de septiembre de 1862.

¿Qué bien puede hacer una proclama de emancipación publicada por mí, teniendo en cuenta especialmente nuestra situación actual? No quiero emitir un documento que todo el mundo va a ver como algo necesariamente inaplicable, como la bula del Papa contra el cometa.

Comentario a un grupo de ministros de Chicago, 13 de septiembre de 1862.

Mi más firme deseo es conocer la voluntad de la Providencia en este tema [de la emancipación]. Y ¡si me puedo enterar, la seguiré!

Comentario a un grupo de ministros de Chicago, 13 de septiembre de 1862.

Cuando el ejército rebelde estaba en Frederick, decidí que, en cuanto se le pudiese expulsar de Maryland, publicaría una proclama

de emancipación, que creyese que podría ser útil. No le dije nada a nadie; pero me hice la promesa a mí mismo y a mi Creador. Ahora se ha expulsado al ejército rebelde, y voy a cumplir esa promesa.

Comentario a su gabinete, 22 de septiembre de 1862.

[…] El primer día de enero del año de Nuestro Señor de mil ochocientos sesenta y tres, todas las personas consideradas como esclavas dentro de cualquier estado, o de alguna parte de un estado, cuyos habitantes deben estar en rebeldía contra Estados Unidos, deben ser a partir de ese momento y para siempre libres.

Versión preliminar de la Proclama de Emancipación, 22 de septiembre de 1862.

Sin esclavitud la rebelión nunca habría existido; sin esclavitud no puede continuar.

Mensaje anual al Congreso, 1 de diciembre de 1862.

Al dar la libertad a los esclavos, aseguramos la libertad de los libres: honorable tanto en lo que damos como en lo que preservamos. Debemos salvar con nobleza, o perder miserablemente la última gran esperanza de la Tierra.

Mensaje anual al Congreso, 1 de diciembre de 1862.

Nunca en mi vida he estado tan seguro de hacer lo correcto como al firmar este documento. Pero he estado recibiendo llamadas y estrechando manos desde las nueve de la mañana hasta tener el brazo agarrotado y entumecido. Pero esta firma será examinada con mucha atención y, si descubren que me tiembla la mano, dirán: «Tenía algunas dudas». Pero, en cualquier caso, lo voy a hacer.

Comentario al firmar la Proclama de Emancipación, 1 de enero de 1863.

[…] Ordeno y declaro que todas las personas mantenidas como esclavas dentro de los estados, y partes de los estados, mencionados, son y, a partir de ahora, deben ser libres; y que el gobierno ejecutivo de Estados Unidos, incluidas las autoridades militares y navales, reconocerán y mantendrán la libertad de dichas personas.

Versión final de la Proclama de Emancipación, 1 de enero de 1863.

La población de color es la gran fuerza disponible, pero aún inalcanzable para restaurar la Unión. La simple visión de cincuenta mil soldados negros armados y entrenados a orillas del Misisipi acabará de golpe con la rebelión.

Carta al gobernador de Tennessee Andrew Johnson, 26 de marzo de 1863.

Vender o esclavizar a cualquier persona capturada a causa de su color, y sin haber infringido ninguna de las leyes de la guerra, es una vuelta a la barbarie y un crimen contra la civilización actual…

Por eso se ordena a partir de este momento que por todo soldado de Estados Unidos muerto en violación de las leyes de la guerra, se deberá ejecutar a un soldado rebelde; por cada uno esclavizado por el enemigo o vendido como esclavo, un soldado rebelde se someterá a trabajos forzados en las obras públicas y seguirá con dicha labor hasta que el otro sea liberado y reciba el trato debido a un prisionero de guerra.

Orden General número 252, 31 de julio de 1863.

Ahora bien, en cuanto a la paga, tuvimos que hacer algunas

concesiones ante los prejuicios. Había amenazas de que si los convertíamos en soldados, los hombres blancos no se alistarían, que no querrían luchar a su lado. Además, se creía que el negro no podía convertirse en un buen soldado, en tan buen soldado como un hombre blanco, y también se creía que no debía tener la misma paga que el hombre blanco. Pero le aseguro, señor Douglass, al final deberán tener la misma paga que los soldados blancos.

Comentario a Frederick Douglass sobre el alistamiento de soldados negros, 10 de agosto de 1863.

Dice usted que no luchará para liberar a los negros. Parece que algunos de ellos están dispuestos a luchar por usted; pero no importa. Luche usted exclusivamente para salvar la Unión. Publiqué la proclama con el objetivo de ayudarle a salvar la Unión.

Carta a James C. Conkling, 26 de agosto de 1863.

Si la esclavitud no es mala, no hay nada malo.

Comentario al gobernador de Kentucky Thomas Bramlette, al editor del The Frankfort Commonwealth Albert Hodges y al senador Archibald Dixon, 26 de marzo de 1864.

A lo largo de mi vida he escuchado muchas explicaciones de por qué los negros deben ser esclavos; pero si luchasen por los que los mantienen en la esclavitud, ese sería mejor argumento que cualquiera de los que he escuchado… Aunque he dicho con frecuencia que todos los hombres deben ser libres, permitiría que las personas de color que quisieran pudieran ser esclavos; y a su lado aquellas personas blancas que argumentan a favor de esclavizar a otras personas. Estoy a favor de dar una oportunidad a esos hombres blancos para que la prueben por sí mismos.

Discurso ante el 140º Regimiento de Indiana, sobre el plan del ejército confederado de alistar esclavos, 17 de marzo de 1865.

# La guerra

Los rebeldes atacan Fort Sumter, y sus ciudadanos atacan las tropas enviadas a defender el gobierno y las vidas y propiedades en Washington, y además les gustaría que rompiese mi juramento y rindiese el gobierno sin disparar un tiro. En eso no hay Washington, ni Jackson ni hombría ni honor.

Comentario a un comité de la YMCA procedente de Baltimore, 22 de abril de 1861.

No tengo ningún deseo de invadir el Sur; pero debo tener tropas para defender esta capital. Geográficamente se encuentra rodeada por la tierra de Maryland; y matemáticamente existe la necesidad de que deban llegar a través de ese territorio. Nuestros hombres no son topos y no pueden cavar bajo la tierra; no son pájaros y no pueden volar a través del aire. No existe ningún otro camino que atravesarlo y eso es lo que deben hacer. Pero al hacerlo no existe ninguna necesidad de colisionar. Mantengan a sus alborotadores en Baltimore y no habrá derramamiento de sangre. Vuelvan a casa y díganle a su gente que, si no nos atacan, no los atacaremos; pero si nos atacan, nos revolveremos con toda la fuerza.

Comentario a un comité de la YMCA procedente de Baltimore, 22 de abril de 1861.

El pueblo de Virginia ha permitido que esta gigantesca insurrección anide dentro de sus fronteras; y este gobierno no tiene más elección que enfrentarse a ella allí donde la encuentre.

Mensaje al Congreso en sesión especial, 4 de julio de 1861.

¿Se ha dado cuenta del hecho de que menos de la mitad del coste diario de esta guerra pagaría por todos los esclavos en Delaware, a cuatrocientos dólares por cabeza? ¿Que el coste de ochenta y siete días de esta guerra pagaría por todos los que hay en Delaware, Maryland, el Distrito de Columbia, Kentucky y Misuri al mismo precio? Si esos estados dieran el paso, puede dudar que acortaría la guerra más que ochenta y siete días y que, además, ahorraría gastos. Por favor, analice estos hechos y considere si no debería aparecer otro artículo en el Times.

Carta a Henry Raymond, 9 de marzo de 1862.

Espero mantener esta lucha hasta el triunfo, o hasta la muerte, o me conquistan, o se acaba mi mandato, o el Congreso o el país me expulsan; y apelaría públicamente al país para esta nueva fuerza si no temiera un pánico general, seguido de una gran estampida: tan duro es comprender la situación tal como es. Creo que la nueva fuerza debe ser toda, o casi toda, infantería, principalmente porque se puede reclutar con mayor facilidad y es más barata.

Carta a William Steward, 28 de junio de 1862.

Los huevos rotos no se pueden arreglar; pero ahora mismo Luisiana no tiene nada mejor que hacer que ocupar su lugar en la Unión tal como está, exceptuando los huevos que ya están rotos. Cuanto antes lo haga, menor será la cantidad de lo que ya no se podrá arreglar. Este gobierno no puede seguir jugando durante mucho tiempo más una partida en la que lo apuesta todo y sus enemigos no apuestan nada. Esos enemigos deben comprender que no pueden experimentar durante diez años intentando destruir el gobierno, y si fracasan, poder seguir regresando a la Unión sin sufrir ninguna herida. Si esperan en cualquier caso recuperar la Unión tal como era, me uno al escritor al decir «Ahora es el momento».

Carta a August Belmont, 31 de julio de 1862.

¿No le resulta tan extraño como a mí, que quien no puede cortarle la cabeza a un pollo y quien se marea al ver la sangre, se vea lanzado en medio de una gran guerra, con la sangre fluyendo a mi alrededor?

Comentario (sin fecha).

La voluntad de Dios prevalece. En las grandes luchas cada bando afirma que actúa de acuerdo con la voluntad de Dios. Es posible que ambos lo quieran, pero uno debe de estar equivocado. Dios no puede estar a favor y en contra de la misma cosa al mismo tiempo. En la guerra civil actual es posible que el objetivo de Dios sea algo diferente del objetivo de cada uno de los bandos, pero, aun así, los instrumentos humanos, actuando tal como actúan, son la mejor adaptación para lograr Su propósito.

«Meditación sobre la Voluntad Divina», hacia el 2 de septiembre de 1862.

Estoy casi dispuesto a decir… que Dios desea esta lucha y que desea que no termine aún.

«Meditación sobre la Voluntad Divina», hacia el 2 de septiembre de 1862.

Sinceramente me gustaría que la guerra fuera una actividad más fácil y placentera de lo que es; pero no admite ningún día de fiesta.

Comentario a Thomas H. Clay, que pedía el traslado a Kentucky de su división del ejército, hacia septiembre de 1862.

Si hubiera podido cumplir mi voluntad, esta guerra no habría

estallado nunca; si se me hubiera permitido cumplir mi voluntad, esta guerra habría terminado antes de ahora, pero vemos que continúa; y debemos creer que Él lo permite con algún propósito sabio, misterioso y desconocido para nosotros; y aunque con nuestra inteligencia limitada no somos capaces de comprenderlo, no podemos dejar de creer que Él, que creó el mundo, aún lo gobierna.

Carta a Eliza Gurney, 26 de octubre de 1862.

¿Así que esta es la pequeña dama que hizo esta gran guerra?

Comentario a la autora de La cabaña del tío Tom, Harriet Beecher Stowe, noviembre de 1862.

Termine como termine, tengo la impresión que yo no voy a durar demasiado después de su final.

Comentario a la escritora Harriet Beecher Stowe, noviembre de 1862.

Somos como balleneros embarcados en una larga caza. Al final hemos conseguido clavar el arpón en el monstruo, pero ahora debemos vigilar cómo navegamos, o con un golpe de la cola nos enviará a todos a la eternidad.

Comentario al gobernador de Nueva York Edwin Morgan, enero de 1863.

No creo que el pueblo de Pensilvania se tenga que preocupar por una invasión. No hay duda de que una pequeña fuerza del enemigo está creciendo en la parte septentrional de Virginia siguiendo el principio del «sacacorchos», con el objetivo de distraernos en otra zona. Creo que no se trata de nada más. Creemos que tenemos las fuerzas adecuadas cerca de ellos.

Carta al gobernador de Pensilvania Andrew Curtin, 28 de abril de 1863. (Dos meses después los confederados invadieron el sur de Pensilvania y las fuerzas de la Unión se enfrentaron a ellos y los derrotaron en Gettysburg.)

La rebelión así iniciada desembocó rápidamente en la guerra civil actual; y, en ciertos aspectos, empezó con una situación muy desigual de los bandos. Los insurgentes se llevaban preparando para ella desde hacía más de treinta años, mientras que el gobierno no había adoptado ninguna medida para resistirse.

Carta a Erastus Corning y otros, 12 de junio de 1863.

No se me puede encerrar en una jaula de hierro y vigilarme. Si tengo algo que hacer en la Oficina de Guerra, cojo el sombrero y voy allí, y si matarme es uno de los objetivos de esta rebelión, ninguna precaución lo podrá evitar. Me podrán proteger en un punto concreto, pero necesariamente quedaré expuesto en otros. La gente viene a verme todos los días y yo la recibo, y no sé si algunos son secesionistas o están implicados en complots para matarme. La verdad es que si un hombre ha decidido que entregará su vida por la mía, me puede quitar la mía.

Comentario a Leonard Swett, verano de 1863.

Tenemos cierta información de que Vicksburg se rindió ante el general Grant el 4 de julio. Ahora, si el general Meade puede completar su obra, tan gloriosamente realizada hasta este punto, con la destrucción literal o sustancial del ejército de Lee, la rebelión habrá acabado.

Carta al general de división Henry Halleck, sobre la batalla de Gettysburg y sus consecuencias, 7 de julio de 1863.

Creo que la impresión permanente de lo que un general hace sobre el terreno queda fijada por «la nube de testigos» que lo han acompañado en el campo; y que confiando en esto, no tiene nada que temer si tiene razón.

Carta al general de división John McClelland, 12 de agosto de 1863.

Hay algunos que no están satisfechos conmigo. A esos me gustaría decirles: «Desean la paz y me acusan a mí por no tenerla». Pero ¿cómo la podemos conseguir? Solo existen tres caminos concebibles. El primero, suprimir la rebelión por la fuerza de las armas. Esto es lo que estoy intentado hacer. ¿Está a favor? Si lo está, hasta aquí estamos de acuerdo. Si no lo está, una segunda vía es deshacer la Unión. Yo estoy en contra. ¿Está a favor? Si lo está, dígalo claramente. Si no está por la fuerza, ni por la disolución, entonces solo queda algún compromiso inimaginable. No creo que en estos momentos sea posible ningún compromiso que contemple la permanencia de la Unión. Todo lo que sé conduce directamente a la creencia contraria. La fuerza de la rebelión son sus militares, su ejército. Ese ejército domina todo el país y a todas las personas bajo su alcance. Cualquier ofrecimiento de paz realizado por un hombre o algunos hombres bajo dicho alcance, en oposición a ese ejército, no vale nada por el momento; porque ese hombre u hombres no tienen el poder para obligar a su bando a aceptar un compromiso, si se intentase llegar a uno.

Carta a James C. Conkling, 26 de agosto de 1863.

Creo que usted es granjero; si no lo es, aun así, me comprenderá. Supongamos que tiene un gran establo lleno de todo tipo de ganado, vacas, bueyes y toros, y que vende y sacrifica a sus vacas y bueyes, pero sigue cuidando de los toros. Con el tiempo se dará cuenta que no tiene más que un establo lleno de viejos toros que ya no sirven para nada bajo el sol. Eso mismo ocurrirá con mi ejército si no dejo de crear generales de brigada.

Comentario a un hombre que solicitaba otra promoción, 14 de

septiembre de 1863.

Si los sesenta mil del enemigo son suficientes para mantener a nuestros noventa mil alejados de Richmond, ¿por qué, siguiendo la misma regla, nuestros cuarenta mil no pueden mantener lejos de Washington a sus sesenta mil, dejándonos cincuenta mil para otros usos? Si hemos quedado prácticamente reducidos a la mera defensa, me parece que no resulta en absoluto económico emplear el doble de hombres para ese fin de los que son necesarios.

Carta al general Henry Halleck, 19 de septiembre de 1863.

La reincorporación de los estados rebeldes en la Unión debe descansar sobre el principio de la igualdad civil y política de las dos razas; y se debe sellar con una amnistía general.

Carta a James Wadsworth, hacia enero de 1864.

Cuando empezó la guerra hace tres años, ningún bando ni ningún hombre esperaban que durase hasta ahora. Cada uno buscaba el final mucho antes de ahora. Tampoco anticipaba nadie que la esclavitud doméstica quedaría demasiado afectada por la guerra. Pero aquí estamos; la guerra no ha terminado, y la esclavitud se ha visto muy afectada; ahora hay mucho que volver a contar. Así que es verdad que el hombre propone y Dios dispone.

Discurso ante la Sanitary Fair de Baltimore, Maryland, 18 de abril de 1864.

La guerra, en el mejor de los casos, es terrible, y nuestra guerra, por su magnitud y por su duración, es una de las más terribles. Ha trastornado los negocios, totalmente en muchas localidades y parcialmente en todas ellas. Ha destruido propiedades y arruinado hogares; ha generado una deuda nacional y unos impuestos sin

precedentes, al menos en este país. Ha llevado el luto a casi todos los hogares, hasta que casi se puede decir que los «cielos se han cubierto de negro».

Discurso en la Great Central Sanitary Fair de Filadelfia, 16 de junio de 1864.

Aceptamos esta guerra por un objetivo, un objetivo digno, y la guerra terminará cuando alcancemos dicho objetivo. Ante Dios, espero que no termine hasta ese momento. Hablando sobre la campaña actual, informan que el general Grant ha dicho: «Voy a seguir por esta línea, aunque lleve todo el verano». Esta guerra ha durado tres años; se inició o aceptó con el objetivo de restaurar la autoridad nacional sobre todo el dominio nacional, y al pueblo americano, hasta el punto que me permiten hablar mis conocimientos, le diré que vamos a seguir por ese camino aunque nos lleve tres años más.

Discurso en la Great Central Sanitary Fair de Filadelfia, 16 de junio de 1864.

Estoy seguro de que no querrá que diga, o que deje en el aire, que estoy dispuesto, si fuera conveniente, a unirme a la reesclavización de los que pudieran haber servido en respuesta a nuestra promesa. En cuanto a su moralidad, ¿semejante traición tendría alguna posibilidad de escapar a la maldición del Cielo, o del cualquier hombre bueno? En cuanto al aspecto político, el anuncio de semejante propósito arruinaría la causa misma de la Unión. Cesaría de inmediato todo reclutamiento de hombres de color y todos los hombres de color que se encuentran ahora a nuestro servicio nos abandonarían. Y con toda razón. ¿Por qué tendrían que dar sus vidas por nosotros si estuvieran informados de nuestra intención de traicionarlos?

Carta a Charles D. Robinson, 17 de agosto de 1864.

Abandonemos todos los puestos que ahora ocupan los hombres negros, entreguemos todas estas ventajas al enemigo y nos veremos obligados a abandonar la guerra en tres semanas.

Comentario a Alexander Randall y Joseph Mills, 19 de agosto de 1864.

Mis enemigos dicen que ahora solo sigo con la guerra con el único objetivo de la abolición. Sigue adelante y seguirá adelante mientras sea presidente con el único objetivo de restaurar la Unión. Pero ningún poder humano puede someter esta rebelión sin utilizar la palanca de la emancipación como yo he hecho. La libertad nos ha otorgado el control de doscientos mil hombres capaces, nacidos y criados en tierras del Sur. Nos dará aún más. Le ha restado mucho a la fuerza de nuestros enemigos y en lugar de alejar el Sur de nosotros, existen pruebas del crecimiento de un sentimiento fraternal entre nuestros soldados y los soldados rebeldes. Mis enemigos condenan mi política de emancipación. Dejemos que demuestren con la historia de esta guerra que, sin ella, podemos restaurar la Unión.

Comentario a Alexander Randall y Joseph Mills, 19 de agosto de 1864.

Se ha dicho mucho sobre la paz; y ningún hombre desea la paz más ardientemente que yo. Pero, aun así, todavía no estoy dispuesto a entregar la Unión a cambio de una paz que, conseguida de esa manera, no puede durar mucho. La preservación de la Unión no era el único objetivo confesado para empezar la guerra. Precisamente se inició con el fin contrario: destruir nuestra Unión. Los insurgentes la empezaron disparando contra la Estrella del Oeste, y contra Fort Sumter, y mediante otros actos similares.

Carta a Isaac Schermerhorn, 12 de septiembre de 1864.

Deseo que todos los hombres sean libres. Deseo la prosperidad material de los que ya son libres, que estoy seguro que seguirá a la extinción de la esclavitud. Deseo ver en proceso de desaparición la única cosa que ha podido provocar una guerra civil en esta nación.

Carta a Henry Hoffman, 10 de octubre de 1864.

Siento lo débiles e inútiles que deben ser todas mis palabras que intenten consolarla del dolor de una pérdida tan sobrecogedora. Pero no puedo evitar enviarle el consuelo que podrá encontrar en el agradecimiento de la República por la que murieron.

Carta a la señora Lydia Bixby, madre de dos hijos muertos en combate (no cinco como creía Lincoln), 21 de noviembre de 1864.

Al fijar una única condición de paz, quiero decir sencillamente que la guerra terminará por parte del gobierno cuando cese por parte de los que la han empezado.

Mensaje anual al Congreso, 6 de diciembre de 1864.

Espero llevarlo tan bien –quizá mejor– que todo lo que he producido; pero me parece que no va ser inmediatamente popular. Los hombres no se sienten halagados al mostrarle que existe una diferencia de objetivos entre el Todopoderoso y ellos. Sin embargo, negarlo en este caso es negar que exista un Dios que gobierna el mundo. Es una verdad que creía que había que decir; y como cualquier rastro de humillación que pueda existir en ella recae directamente sobre mí, pensé que los demás me permitirían que lo dijera.

Carta a Thurlow Weed, sobre la recepción del segundo discurso de investidura de Lincoln, 15 de marzo de 1865.

Los timoneles en nuestros ríos occidentales pilotan de punto a punto, como lo llaman ellos: fijando el curso del barco no más lejos de lo que pueden ver; y eso es lo único que me propongo en este gran problema.

Comentario a James G. Blaine, sobre su política de reconstrucción (sin fecha).

Deje que cultiven una vez y que recojan su propia cosecha, comiendo maíz junto al fuego del hogar, y no podrá conseguir que vuelva a coger un fusil en medio siglo.

Comentario sobre su política de reconstrucción al almirante David Porter, finales de marzo de 1865.

¡Dios mío, Dios mío! ¿No me puedes ahorrar más derramamiento de sangre? Ya hemos tenido suficiente.

En conversación con los generales Grant y Sherman, a bordo del River Queen, cuando le explicaron al presidente que el general confederado Robert E. Lee podía librar una última batalla con su ejército del norte de Virginia, 28 de marzo de 1865.

Gracias a Dios he vivido para verlo. Me parece que he estado soñando un sueño horrible durante cuatro años y ahora la pesadilla ha desaparecido.

Comentario al almirante David Porter, en la base de la Unión en el río James, Virginia, 3 de abril de 1865.

El general Sheridan dice: «Si presionamos, creo que Lee se rendirá». Presionemos.

Carta al teniente general Ulysses S. Grant, 7 de abril de 1865.

La evacuación de Petersburg y Richmond, y la rendición del principal ejército insurgente, dan esperanzas de una paz justa y rápida cuya expresión gozosa no se puede contener.

Último discurso desde la terraza de la Casa Blanca, 11 de abril de 1865.

No puedo prescindir de este hombre [el general Grant]; ¡lucha!

Comentario al coronel Alexander McClure, que había pedido al presidente que destituyera a Grant de su mando tras la batalla de Shiloh, abril de 1862.

Lo que quiero y lo que quiere el pueblo son generales que libren batallas y ganen victorias. Grant lo ha hecho y tengo la intención de apoyarlo.

Comentario al general John Thayer, en medio de la campaña contra Grant, hacia abril de 1862.

¿Así que Grant se emborracha?… Bueno, no necesita perder el tiempo consiguiendo pruebas; solo descubra, para complacerme, qué marca de whisky bebe Grant, porque quiero enviarle un barril a cada uno de mis generales.

Comentario a los «detractores especialmente activos» de Grant; «en ese momento estaba infligiendo graves pérdidas a los confederados» (sin fecha).

Tanto si el general Grant consuma la captura de Vicksburg como si no, su campaña desde principios de este mes hasta el día veintidós ha sido una de las más brillantes del mundo.

Carta a Isaac N. Arnold, 26 de mayo de 1863.

Si este ejército del Potomac valía para algo –si los oficiales valían para algo–, si el ejército tenía piernas, podría haber movido treinta mil hombres hacia Lynchburg y capturado Longstreet. ¿Alguien duda que si Grant hubiera estado aquí al mando lo habría capturado?

Comentario a su secretario John Nicolay, 7 de diciembre de 1863.

Grant es el primer general que he tenido. ¡Es un general!… Ya sabe cómo ha sido con todos los demás. En cuanto he puesto a un hombre al mando del ejército, se ha presentado con un plan de campaña y diciendo algo así: «Ahora bien, no creo que lo pueda hacer, pero si lo ordena, lo intentaré», y de esta manera recaía en mí la responsabilidad del éxito o del fracaso. Todos querían que yo fuera el general. Ahora, con Grant no es así… No me pide que haga por él lo imposible, y es el primer general que he tenido que no lo ha hecho.

Comentario al periodista William O. Stoddard (sin fecha).

El aprecio de la nación por lo que ha hecho, y su confianza en usted por lo que queda por hacer en esta gran lucha, quedan ahora claros con este ascenso que lo convierte en teniente general del Ejército de Estados Unidos. Con este gran honor también recae sobre usted la responsabilidad correspondiente. Como a partir de ahora el país confía en usted, con la ayuda de Dios, le apoyará.

Discurso al entregar a Grant su ascenso a teniente general, en la sala del gabinete del presidente, 9 de marzo de 1864.

Usted y yo, señor Stanton, hemos intentado realizar este trabajo y no hemos tenido demasiado éxito. Hemos enviado a buscar al otro

lado de las montañas al señor Grant, como lo llama la señora Grant, para que nos releve, y creo que lo mejor será dejar que haga lo que le parezca mejor.

Comentario al secretario de Guerra Edwin Stanton (sin fecha).

Como no espero verle de nuevo antes de que se inicie la campaña de primavera, le deseo expresar, por este medio, mi entera satisfacción con lo que ha hecho hasta este momento, según la información que he recibido. No conozco ni pretendo conocer los detalles de sus planes. Usted es cuidadoso y autónomo; y, complacido con esto, no deseo poner sobre usted ningún freno ni cortapisa. Aunque estoy muy ansioso por que se evite cualquier gran desastre o captura de nuestros hombres en gran número, sé que estos detalles escaparán mucho menos de su atención que de la mía.

Carta a Grant, que se encontraba en el cuartel general del ejército en Culpeper Court-House, Virginia, 30 de abril de 1864.

He visto su despacho expresando que no está dispuesto a soltar la presa donde está en estos momentos. Yo tampoco lo estoy. Siga aferrándola con un mordisco de bulldog y apriete y arranque todo lo que sea posible.

Telegrama a Grant, 17 de agosto de 1864. (Al leerlo, Grant comentó a los miembros de su Estado Mayor que «el presidente tiene más temple que sus consejeros».)

Le he puesto al mando del ejército del Potomac. Por supuesto que lo he hecho por lo que me parecen razones suficientes. Pero, aun así, creo que lo mejor para usted es que sepa que hay algunos aspectos en los que no estoy del todo satisfecho con usted. Creo que es un soldado valiente y capaz que, por supuesto, me gusta. También creo que no mezcla la política y su profesión, lo que me parece bien.

Confía en sí mismo, lo que resulta una cualidad valiosa, si no indispensable. Es ambicioso, lo que dentro de unos límites razonables hace más bien que mal. Pero creo que durante el mando del ejército por parte del general Burnside, se ha dejado llevar por su ambición y le puso todas las trabas que pudo, con lo que le hizo un gran daño al país, y a un hermano oficial muy meritorio y honorable. He oído, de una fuente que me hace creer que es cierto, que recientemente ha dicho que tanto el ejército como el gobierno necesitan un dictador. Por supuesto que no ha sido por esto, sino a pesar de esto, que le he otorgado el mando…

Y ahora, evite la precipitación, pero con energía y una vigilancia insomne siga adelante y denos victorias.

Carta al general Josep Hooker, otorgándole el mando del ejército del Potomac, 26 de enero de 1863.

¿Tiene ya en la cabeza un plan total o parcialmente elaborado? Si lo tiene, aplíquelo sin interferencias por mi parte. Si no lo tiene, por favor infórmeme para que, por muy incompetente que pueda ser, intente ayudar en la formación de algún plan para el ejército.

Carta al general Josep Hooker, 7 de mayo de 1863.

En una palabra, no correría ningún riesgo de quedar empantanado en el río, como un buey que se queda a medias al saltar una valla y queda indefenso para que lo desgarren los perros, por delante y por detrás, sin ninguna posibilidad de ir a un lado o hacia el otro. Si Lee llegase a mi orilla del río, me mantendría en ella y lucharía con él, o me dispondría a la defensiva, de acuerdo con mi estimación de su fuerza en comparación con la mía.

Carta al general Joseph Hooker, 5 de junio de 1863.

Creo que el ejército de Lee y no Richmond es su verdadero objetivo… Combátalo cuando se presente la oportunidad. Si se

queda donde está, desgástelo y siga desgastándolo.

Telegrama al general John Hooker, 10 de junio de 1863. (El ejército del norte de Virginia de Lee había empezado su campaña de invasión, y Hooker, que se sentía impotente para detenerlo, veía por el otro lado una oportunidad de tomar Richmond.)

Si la vanguardia del ejército de Lee se encuentra en Martinsburg y la cola en el camino de traviesas entre Fredericksburg y Chancellorsville, el animal debe ser muy delgado en algún punto. ¿No lo puede romper?

Telegrama al general Joseph Hooker, 14 de junio de 1863.

Sostendré las riendas del caballo de McClellan si nos garantiza el éxito.

Comentario sobre la rudeza deliberada del general George B. McClellan durante la visita de Lincoln, 13 de noviembre de 1861.

¿Por qué diablos… no pudo saber el general si una barca podía pasar a través de la esclusa antes de gastar un millón de dólares para llevarla allí? No soy ingeniero, pero me parece que, si quisiera saber si una barca pasaría a través de una… esclusa, el sentido común dicta que iría allí y la mediría. Casi me dejo llevar por la desesperación ante los resultados.

Comentario al general Randolph Marcy, suegro del general McClellan, sobre el plan de este último de enviar barcas por un canal del río Potomac, 27 de febrero de 1862.

[…] Una vez más le tengo que insistir en que resulta indispensable que usted descargue un golpe. Me siento impotente ante esta situación. Me hará el favor de recordar que siempre he insistido que

bajar hacia la bahía en busca de un campo, en lugar de luchar en o cerca de Manassas, era solo cambiar, pero no superar, una dificultad: que íbamos a encontrar al mismo enemigo y un atrincheramiento similar o igual en cualquier lugar. El país no dejará de notar –y ya se está dando cuenta– que las dudas actuales para actuar contra un enemigo atrincherado es la misma historia de Manassas repetida.

Le puedo asegurar que no le he escrito nunca ni he hablado con usted con mayor amabilidad que ahora, ni con el propósito más completo de apoyarle, hasta donde mi ansiedad me permita. Pero debe actuar.

Carta al general McClellan, 9 de abril de 1862.

Creo que casi ha llegado el momento en que debe atacar Richmond o abandonar la empresa y venir en defensa de Washington.

Carta al general McClellan, 25 de mayo de 1862.

Salve su ejército a toda costa. Enviaremos refuerzos en cuanto podamos. Por supuesto no los podrá tener hoy, mañana o pasado mañana. No he dicho que fuera poco generoso al afirmar que necesita refuerzos. Aunque fue muy poco generoso al asumir que yo no se los enviaba con la mayor rapidez posible. Puedo sentir cualquier infortunio de usted y de su ejército con la misma intensidad que lo siente usted.

Carta al general McClellan, 28 de junio de 1862.

Si en su frecuente mención de responsabilidad, tiene la impresión de que le reprocho que no hace más de lo que puede, por favor, no tenga en cuenta dicha impresión. Solo le pido que de la misma manera no me pida imposibles. Si cree que no es lo suficientemente fuerte para tomar Richmond ahora mismo, no le estoy pidiendo que lo intente en este momento. Salve el ejército, el material y el

personal; y lo reforzaré de nuevo para la ofensiva con la mayor rapidez posible.

Carta al general McClellan, 2 de julio de 1862.

Tres rondas y fuera es la regla en el béisbol. Stuart ha estado dos veces alrededor de McClellan. La tercera vez, según las reglas del juego, se debe rendir.

Comentario a Adams S. Hill, del New York Tribune, sobre el general confederado J. E. B. Stuart, que dos veces había dirigido a su caballería alrededor del ejército del Potomac de McClellan.

Recuerde que le he hablado de lo que llamaba su exceso de prudencia. ¿No está siendo usted demasiado prudente al asumir que no puede hacer lo que el enemigo está haciendo constantemente? ¿No debería afirmar que al menos lo iguala en audacia y actuar a partir de esa afirmación?

Carta al general McClellan, 13 de octubre de 1862. (Lincoln animaba a McClellan a explotar las ventajas de su ejército tras la batalla de Antietam y que atacase inmediatamente.)

Acabo de leer su despacho sobre caballos cansados y sedientos. ¿Me perdonará por preguntarle qué han hecho los caballos de su ejército desde la batalla de Antietam para estar tan agotados?

Telegrama al general McClellan, 25 de octubre de 1862. (Dos días después Lincoln se disculpó en una carta y explicó su impaciencia por las «cinco semanas de inacción total del ejército».)

Le dije que lo destituiría si dejaba que el ejército de Lee se alejase de él, y lo debo hacer.

Comentario al general Francis Blair sobre el general McClellan, 7 de noviembre de 1862.

Por indicación del presidente de Estados Unidos, se ordena que el general de brigada McClellan sea relevado del mando del ejército del Potomac y que el general de brigada Burnside tome el mando del ejército.

Órdenes al general de brigada Henry Halleck, que el general McClellan recibió el 7 de noviembre de 1862.

Estarán preparados para librar una batalla magnífica cuando no hay ningún enemigo al que combatir.

Comentario tras leer el mensaje telegráfico de Meade de que el ejército del Potomac, después de vencer en Gettysburg, no iba a estar preparado para atacar al ejército en huida del general confederado Robert E. Lee hasta el día siguiente, 12 de julio de 1863.

Una vez más, mi querido general, no creo que aprecie en toda su magnitud la desgracia que significa la huida de Lee. Estaba a su alcance y, si hubiera caído sobre él, junto con otros éxitos posteriores, habría terminado la guerra. Pero en las circunstancias actuales, la guerra se prolongará de manera indefinida… Su oportunidad de oro ha desaparecido, y me siento abrumadoramente consternado por ello.

Carta, jamás enviada, al general Meade, 14 de julio de 1863.

Nuestro ejército tuvo la guerra en la palma de la mano y no la cerró. Hemos pasado por todo el trabajo de plantar y cuidar una cosecha enorme y, cuando estaba madura, no la hemos recogido. Aun así, le estoy muy agradecido a Meade por el gran servicio que

prestó en Gettysburg.

En conversación con su secretario privado John Hay, 19 de julio de 1863.

General, ¿sabe a qué me recuerda su actitud hacia Lee en la semana después de la batalla?… Que me cuelguen si puedo pensar en otra cosa que en una anciana que intenta que sus gansos atraviesen un barranco.

Comentario al general Meade por su incapacidad para perseguir el ejército del norte de Virginia de Lee, que tras Gettysburg escapó atravesando el Potomac, 23 de octubre de 1863.

Hablando la verdad, no aprecio este tema del rango sobre el papel como hacen ustedes los oficiales. El mundo no olvidará que libró la batalla de Stones River y no le preocupa lo más mínimo si su rango es superior al general Grant sobre el papel o si él lo supera a usted.

Carta al general William S. Rosecrans, 17 de marzo de 1863.

Está confundido y atontado como un pato golpeado en la cabeza, desde Chickamauga.

Comentario a su secretario John Hay sobre el general Rosecrans, 24 de octubre de 1863. (Lincoln le retiró el mando del ejército de Cumberland el 19 de octubre.)

[…] Qué afortunados para los secesionistas que Sheridan sea un hombre muy pequeño. Si fuera un hombre grande, no sabemos lo que habría hecho con ellos.

Respuesta a una serenata por parte de una multitud que celebraba la serie de victorias de caballerías por parte del general Philip H.

Sheridan en septiembre y octubre, 21 de octubre de 1864.

Este Sheridan es un irlandés pequeño, pero un gran luchador.

Comentario a Annie Wittenmyer (sin fecha).

General Sheridan, cuando empezó esta peculiar guerra pensaba que un soldado de caballería debía tener al menos seis pies y cuatro pulgadas de altura [195 cm], pero he cambiado de opinión. Con cinco pies y cuatro pulgadas es suficiente [164 cm].

Comentario al general Sheridan tras su exitosa incursión de caballería en el norte de Virginia, 26 de marzo de 1865.

Sé en qué agujero se ha metido, pero no puedo decir por qué agujero va a salir.

Comentario al senador John Sherman de Ohio sobre el general de brigada William Tecumseh Sherman en relación con su marcha a través de Georgia, principios de diciembre de 1864.

Las novedades más interesantes que tenemos ahora proceden de Sherman. Todos sabemos por donde entró, pero no podemos decir por dónde saldrá.

Respuesta a una serenata de «amigos y conciudadanos» por la marcha del general Sherman a través de Georgia, 6 de diciembre de 1864.

Muchas, muchas gracias por su regalo de Navidad: la captura de Savannah.

Carta al general Sherman, 26 de diciembre de 1864.

Una vez un hombre hizo una promesa de abstinencia total. Mientras visitaba a un amigo, lo invitaron a tomar una copa, pero no aceptó, para no romper su promesa, pero cuando el amigo le sugirió una limonada, la aceptó. Al preparar la limonada, el amigo señaló la botella de brandy y le dijo que la limonada tendría mejor sabor si le añadía un poco de brandy; entonces el invitado le dijo que no pondría objeciones si le resultaba «desconocido».

Comentario a los generales de brigada Ulysses S. Grant y William Tecumseh Sherman en respuesta a la pregunta de Sherman sobre lo que se debía hacer con el presidente confederado Jefferson Davis cuando fuese capturado; «a partir de esta ilustración –escribió Sherman–, deduje que el señor Lincoln quería que Davis escapase, siendo “desconocido” para él y que “abandonase” el país, y que los hombres que componían los ejércitos confederados regresasen a sus hogares, a su trabajo en granjas y tiendas», 28 de marzo de 1865.

# Explicar historias y pronunciar discursos

Generalmente recuerdo una buena historia cuando la escucho, pero nunca he inventado nada original; solo soy un tendero.

Comentario a Noah Brooks (sin fecha).

El discurso improvisado se debe practicar y cultivar. Es la manera que tiene el abogado de conectar con el público. Por muy capaz y fidedigno que sea en otros aspectos, resulta difícil que las personas lo contraten si no sabe pronunciar discursos. Pero, aun así, no hay peor error para un abogado joven que confiar demasiado en su capacidad oratoria. Si alguien, debido a su excepcional capacidad para hablar, reclama una exención del trabajo aburrido y monótono de la ley, su caso fracasará por adelantado.

Notas para una conferencia sobre derecho, hacia julio de 1850.

Intenta pensar que son tus propias palabras y pronúncialas como me las dirías a mí.

Comentario sobre hablar en público a un muchacho de Springfield, John Langdon Kaine, hacia la década de 1850.

Estoy obligado por la naturaleza a hablar lentamente. Empiezo yéndome hacia atrás como los chicos que quieren un buen comienzo. Mi peso y velocidad ganan impulso para saltar lejos.

Comentario a William Herndon (sin fecha).

Es como el predicador perezoso que solía escribir sermones largos, y la explicación era que se animó a escribir y era demasiado vago para parar.

Comentario en un tribunal, después de que un juez se sorprendiera por la extensión del alegato de un abogado, Bloomington, Illinois, 1854-1855.

Caballeros, leer un discurso es una tarea muy tediosa, en especial para un hombre viejo que se tiene que poner las gafas, y aún más si el hombre es tan alto que se tiene que inclinar para aprovechar la luz.

Discurso en Chicago, 10 de julio de 1858.

Usted no sabe de lo que está hablando, amigo mío. Estoy bastante dispuesto a responder a cualquier caballero de la multitud que quiera plantear una pregunta inteligente.

Respuesta a un espectador molesto durante un discurso en Chicago, 10 de julio de 1858.

Caballeros, el juez Douglas les ha informado de que probablemente mi discurso esté cuidadosamente preparado. Admito que lo está. No soy un maestro del lenguaje; no tengo una gran educación; no soy capaz de participar en una disquisición sobre dialéctica, que creo que es como se llama; pero no creo que el lenguaje que utilizo contenga ninguna de las construcciones que el juez Douglas me atribuye. Pero no me preocupan nada las palabras. Sé lo que quiero decir, y no voy a dejar esta multitud con dudas, si les puedo explicar lo que quiere decir realmente con el uso de ese párrafo.

Discurso en Chicago, 10 de julio de 1858.

John, depende mucho de cómo presente el caso. Cuando Daniel Webster presenta un caso, resulta que es un medio argumento. No, tomemos el tema de la predestinación, lo presentas de una manera y no sale gran cosa de él; lo presentas de otra y parece bastante razonable.

Comentario a John Littlefield, un estudiante de derecho de Lincoln y de su socio William Herndon, hacia 1859-1860.

Saben que no es mi costumbre, desde que inicié el camino hacia Washington, pronunciar discursos largos; me siento inclinado al silencio y, sea esto sabio o no, al menos resulta algo inusual en la actualidad encontrar a un hombre que puede contener la lengua en lugar de uno que no lo puede hacer.

Discurso en Monongahela House, Pittsburgh, Pensilvania, 14 de febrero de 1861.

He pronunciado muchos discursos pobres a lo largo de mi vida y ahora me siento considerablemente aliviado al saber que la dignidad de la posición que se me ha otorgado no permite que me siga exponiendo de esa manera. Por eso me refugio, con alegría, dando un paso atrás y permitiendo que escuchen discursos de caballeros que son mucho más capaces de pronunciarlos que yo. Les agradezco la amabilidad de su petición, pero debo mantener mi palabra y no dejarme que me empujen a pronunciar un discurso, porque como les he dicho esa no es la razón de mi presencia.

Comentario ante los regimientos de Nueva York, Washington, D. C., 4 de julio de 1861.

Saben que el secretario de Guerra tiene atada bastante en corto a la prensa, para que no diga más de lo que deben, y me temo que, si hablo demasiado, también me vaya a atar en corto.

Discurso en Jersey City, Nueva Jersey, en una estación de

ferrocarriles, mientras regresaba a Washington, D. C. desde West Point, 24 de junio de 1862.

En este país es muy habitual encontrar una gran facilidad de expresión y mucho menos común encontrar una gran lucidez de pensamiento. La combinación de los dos aspectos en una persona es muy poco habitual; pero cuando se encuentra, ha descubierto a un gran hombre.

Comentario al periodista británico Edward Dicey, hacia 1862-1863.

El señor Everett ha sido muy amable al enviarme esto. Supongo que temía que yo dijese algo que quería decir él. No se debería alarmar. Mi discurso no es largo.

Comentario a Noah Brooks, sobre el Discurso de Gettysburg de Edward Everett, 14 de noviembre de 1863.

En mi posición resulta bastante importante no decir ninguna idiotez.

UNA VOZ: Si lo puede evitar.

SR. LINCOLN: Con frecuencia ocurre que la única manera de evitarlo es no decir nada en absoluto. Creyendo que esa es mi situación en esta velada, les debo pedir perdón por dirigirme a ustedes.

Comentario a sus «conciudadanos» en Gettysburg, Pensilvania, el día antes del Discurso de Gettysburg, 18 de noviembre de 1863.

Dicen que explico muchas buenas historias. Lo reconozco, pero he descubierto en el transcurso de una larga experiencia que las personas sencillas se influyen y se informan con mayor facilidad a

través del medio de una amplia ilustración que de ninguna otra manera, y a pesar de lo que piensen los pocos hipercríticos, no me importa… No he creado más que dos historias a lo largo de mi vida, pero explico tolerablemente bien las historias de otras personas.

Comentario a Chauncey Depew de Nueva York, 1864.

Cuando era bastante joven, en la escuela, Daniel fue culpable de una gran violación de las normas. Fue descubierto en el acto y llamado por el maestro para recibir el castigo. Se trataba de la anticuada «palmetada» en la mano. Resultaba que sus manos estaban muy sucias. Sabiéndolo, de camino hacia el escritorio del maestro se escupió en la palma de la mano derecha y se secó en la pernera de los pantalones. «Deme su mano, señor», ordenó el maestro muy serio. Apareció la mano derecha parcialmente limpia. El maestro la miró durante un momento y dijo: «Daniel, si encuentra otra mano en este aula más sucia que esta, lo dejaré estar por esta vez». Al instante, apareció la mano izquierda desde detrás de la espalda. «Aquí está, señor», fue su rápida respuesta. «Está bien –reconoció el maestro–, por esta vez; se puede sentar, señor.»

Anécdota contando una historia sobre Daniel Webster, 31 de mayo de 1864.

No puedo elaborar un brindis por Burns. No puedo decir nada digno de su corazón generoso y su genio sobresaliente. Pensando en lo que ha dicho, no puedo decir nada que parezca que valga la pena decir.

Nota personal cuando le pidieron un pensamiento para el 106 aniversario del nacimiento del poeta Robert Burns, 25 de enero de 1865.

Bueno, para los que les gustan este tipo de cosas, podría pensar que es precisamente el tipo de cosa que les gustaría.

Comentario a un autor que le había leído un manuscrito sobre «un tema ininteligible».

Bueno, hay dos maneras de explicar una historia. Si tienes un auditorio que tiene tiempo y está dispuesto a escuchar, alárguela y sírvala lentamente como si saliese de una jarra. Si tiene una audiencia pobre, dese prisa, acórtela y dispárela desde una pistola de juguete.

Comentario al pastor Phineas Gurney (sin fecha).

# Legado: dos discursos para la historia

**Discurso de Gettysburg, en el campo de batalla, 19 de noviembre de 1863**

Hace ochenta y siete años, nuestros padres dieron a luz en este continente una nueva nación concebida en libertad y entregada a la idea de que todos los seres humanos han sido creados iguales. Ahora nos hallamos envueltos en una guerra civil para comprobar si esa nación, o cualquier otra concebida y entregada como ella, puede perdurar largo tiempo. Nos hemos reunido en un gran campo de batalla de esa guerra. Hemos venido a dedicar una parte del mismo como lugar destinado al reposo final de quienes dieron aquí sus vidas para que esa nación pudiera vivir. Es digno y adecuado que lo hagamos. Pero, en un sentido más amplio, no podemos dedicar, no podemos consagrar, no podemos santificar este suelo. Los valientes, tanto muertos como vivos, que lucharon aquí lo consagraron muy por encima de nuestra escasa capacidad para añadir o quitar algo. El mundo tendrá poco en cuenta y no recordará por mucho tiempo lo que decimos, pero nunca podrá olvidar lo que ellos hicieron en este lugar.

Lo que a nosotros, los vivos, nos compete es, más bien, entregarnos a la obra inconclusa promovida hasta ahora con tanta nobleza por quienes lucharon en este lugar. A nosotros nos toca más bien dedicarnos aquí a la gran tarea que nos queda por delante: asumir, recibiéndola de estos muertos a quienes rendimos honores, la misión de consagrarnos de manera creciente a esta causa por la que se entregaron total y definitivamente; tomar la decisión firme de que estos muertos no hayan muerto en vano, de que esta nación amparada por Dios tenga un nuevo nacimiento de libertad y que el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo no desaparezca de la tierra.

**Segundo discurso de investidura, 4 de marzo de 1865**

En este segundo acto de toma de posesión del cargo presidencial existen menos razones para un discurso extenso que en la primera ocasión. En aquel momento parecía adecuada y necesaria una declaración, algo detallada, de un curso que seguir. Ahora, al final de cuatro años, en los que se han pedido constantemente declaraciones públicas sobre cada momento y fase de la gran lucha que sigue absorbiendo la atención y consume las energías de la nación, pocas novedades se pueden presentar. El progreso de nuestras armas, de las que principalmente depende todo, es bien conocido por el público y por mí mismo; y confío que sea razonablemente satisfactorio y alentador para todos. Con grandes esperanzas para el futuro, no se pueden aventurar predicciones en este aspecto.

Hace cuatro años en este mismo acto, todos los pensamientos se dirigían ansiosamente al peligro de una guerra civil. Todos la temían; todos intentaban evitarla. Mientras pronunciaba el discurso de aceptación en este mismo lugar, dedicado en su conjunto a salvar la Unión sin guerra, los agentes insurgentes se encontraban en la ciudad intentando destruirla sin guerra: intentando disolver la Unión y dividir sus bienes mediante la negociación. Ambos bandos despreciaban la guerra; pero uno iniciaría una guerra antes que dejar que la nación sobreviviera; y el otro aceptaría la guerra antes de dejarla perecer. Y la guerra estalló.

La octava parte de la población total eran esclavos, no distribuidos por toda la Unión, sino localizados en la parte sureña de la misma. Estos esclavos constituían un interés peculiar y poderoso. Todos sabían que este interés era, en cierto modo, la causa de la guerra. El fortalecimiento, la perpetuación y la extensión de este interés era la razón por la que los insurgentes querían desgarrar la Unión, incluso mediante la guerra; mientras que el gobierno no reclamaba más derecho que a restringir la extensión territorial del mismo. Ninguno de los bandos esperaba una guerra de la magnitud o la duración que ha alcanzado. Nadie anticipó que la causa del conflicto pudiera

desaparecer con, o incluso antes, que el conflicto mismo llegase a su fin. Todos buscaban una victoria fácil y un resultado menos fundamental y sorprendente. Ambos leen la misma Biblia y rezan al mismo Dios; y cada uno de ellos invoca Su ayuda contra el otro. Puede resultar extraño que algunos hombres se atrevan a pedir la ayuda de Dios para obtener su pan del sudor de la frente de otros hombres; pero no juzguemos lo que no debe ser juzgado. Las plegarias de los dos bandos no podían ser respondidas; ninguna de ellas ha recibido una respuesta completa. El Todopoderoso tiene sus propios propósitos. «¡Ay del mundo por los tropiezos! Es necesario que vengan tropiezos, pero ¡ay de aquel hombre por quien viene el tropiezo!». Si podemos suponer que la esclavitud americana es uno de estos tropiezos que, por la providencia de Dios, debe llegar, pero que, presente a lo largo del tiempo señalado por Él, ahora quiere eliminar, y que ha otorgado, tanto al Norte como al Sur, esta guerra terrible, como el castigo debido a aquellos que han traído el tropiezo, ¿debemos ver en ello alguna desviación de los atributos divinos que los creyentes en un Dios Vivo siempre le han atribuido? Con cariño esperamos y rezamos fervientemente para que esta plaga poderosa de la guerra pase con rapidez. Pero, si Dios quiere que continúe, hasta que desaparezca la riqueza apilada durante los doscientos cincuenta años de trabajos forzados y no correspondidos del siervo, y hasta que la última gota de sangre arrancada por el látigo sea pagada por otra arrancada por la espada, como se dijo hace tres mil años, aún podremos afirmar que «los juicios del Señor son verdad y todos justos».

Sin malevolencia hacia nadie; con caridad para todos; con firmeza en lo correcto, como Dios nos deja que veamos lo correcto, esforcémonos en terminar la labor que hemos emprendido; para vendar las heridas de la nación; para cuidar del que ha cargado con el peso de la batalla, y de su viuda y sus huérfanos; para hacer todo lo posible para lograr y celebrar una paz justa y duradera, entre nosotros y con todas las naciones.

Su opinión es importante.

En futuras ediciones, estaremos encantados de recoger sus comentarios sobre este libro.

Por favor, háganoslos llegar a través de nuestra web:

**www.plataformaeditorial.com**